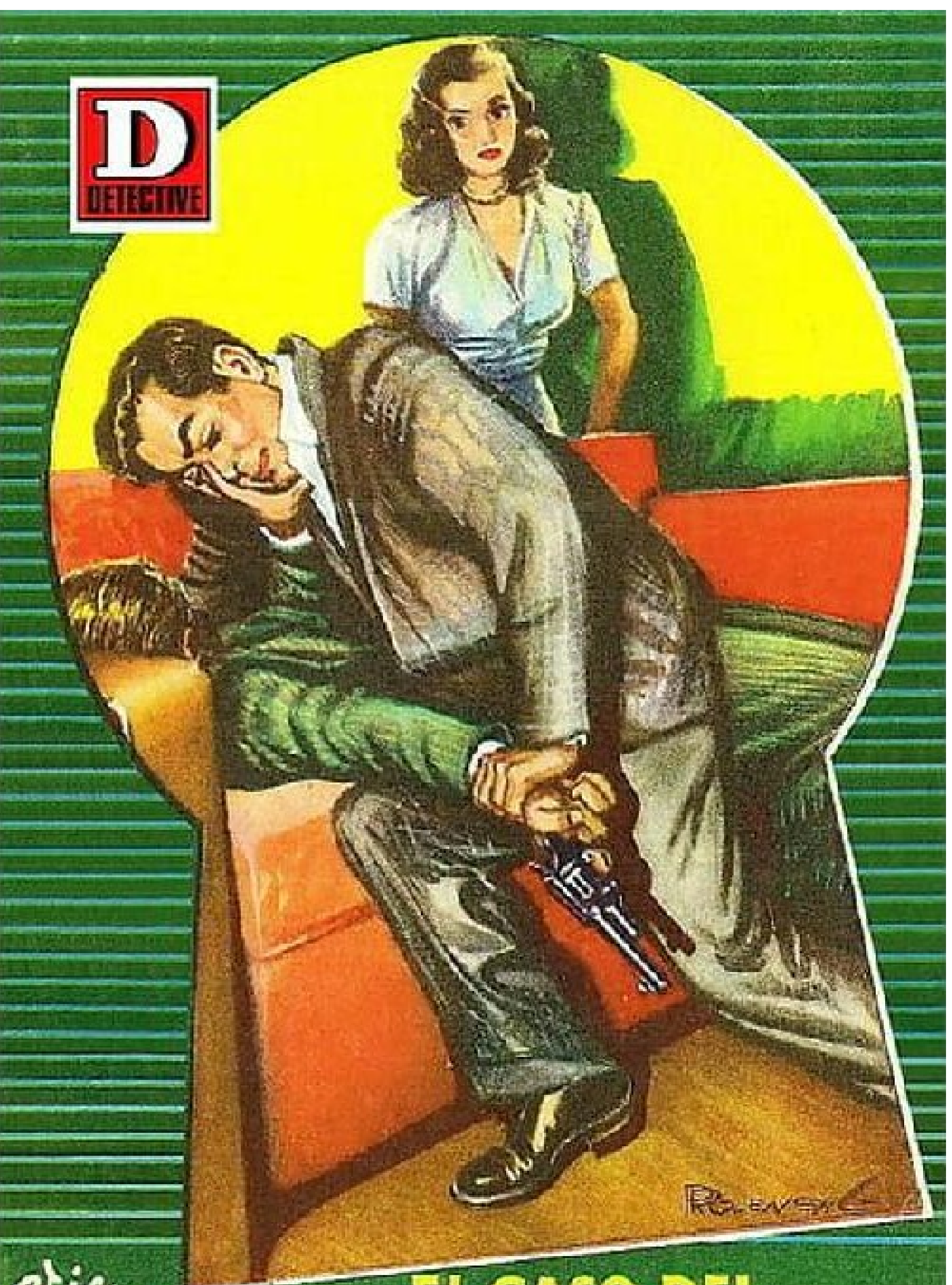


Vic Peterson

EL CASO DEL AMABLE PISTOLERO

Buena novela negra protagonizada por un peligroso delincuente que, seductor y amable, viaja por medio mundo a la búsqueda de un comprometedor documento. Un par se sorpresas finales le dan la vuelta a la narración sorprendiendo al lector.

Tony Orlando, nombre falso del mafioso Charles Renzio, está instalado en un hotel de lujo en Coral Gables, Miami. Viene de Tampa, donde en una refriega con la policía ha asesinado a dos federales y ha visto morir a Overlook, un hampón que le servía de contacto con la misteriosa jefa, Heroína es su alias, de una banda dedicada al tráfico de drogas. Del bolsillo del mafioso agonizante extrajeron Orlando y su socio Errol Norton una carta donde se desvelaba la identidad de Heroína pero Norton ha desaparecido camino de París con el documento. Orlando es convocado por Heroína y allí Orlando asesina a un delincuente que se preparaba a matarle; para tener una coartada perfecta seduce a una chica del hotel a la que narcotiza y altera su reloj mientras arregla las cuentas con su asesino. Recibe la visita de la policía, deseosa de detener al asesino de dos compañeros y viéndose acorralado por la autoridad y por el hampa, decide ir en busca de Norton para recuperar el documento, que puede convertirse en su salvoconducto para vivir. De Miami a La Habana y de allí a París, Orlando se da cuenta de que es vigilado por la banda de Heroína; en la ciudad francesa encuentra a Norton quien le había explicado cómo en caso de encontrarse en una situación de riesgo enviaría la carta a una chica de Tánger a la que conocía muy bien; poco después Norton es degollado en el hotel de París donde estaba Orlando instalado y éste decide, vía Madrid, ir hasta Tánger a la busca de esa amiga. La encuentra como la sensual cantante de Chez Susy y descubre que Susy es en realidad la hija de Norton y consigue recuperar la carta. Cuando parece que el desenlace va a desembocar en una sangrienta refriega, Orlando y Susy vuelven a Estados Unidos; allí se descubre que Orlando, en realidad, no es Charles Renzio, como hemos creído, personajes y lectores, a lo largo de toda la novela, sino un viajante de comercio que le recogió agonizante tras la refriega de Tampa y que escuchó sus últimas palabras. Alimentado por la codicia, decidió suplantar su personalidad y como era un

excelente tirador pudo sobrevivir al intento de asesinato de Miami; ahora, enamorado de Suzy, ha decidido entregar a la policía el documento que desvela la identidad de la jefa de los narcotraficante y empezar una nueva vida de hombre felizmente casado.

La novela destaca por su intenso aire cosmopolita donde la ociosa vida de Miami da paso a una hermosa primavera en París y más tarde a la descripción de la bulliciosa Tánger; el personaje Orlando, el «amable pistolero», mientas le creemos un mafioso puro y duro tiene una notable fuerza por su condición de asesino y de individuo extraordinariamente hábil; cuando sabemos que es un simple viajante de comercio quizás pierde fascinación aunque nos sigue sorprendiendo su habilidad para sobrevivir. Camino de Tánger, Orlando lee un par de novelas que había adquirido en el quiosco apenas estuvo en posesión del pasaje. Examinó las dos portadas y los títulos, indeciso. Le atraía más «El Forajido» que «Fuego en el rancho». Pero en ésta la portada era suculenta. Una pelirroja medio vestida, debatiéndose entre los brazos de un velludo y barbudo rufián del oeste (p. 65); un personaje de novela popular leyendo una novela del oeste no deja de ser un sugerente ejercicio metaliterario.

Reseña extraída de la página: http://peterdebry.blogspot.com.es



Vic Peterson

El caso del amable pistolero

Detective - 22

ePub r1.0
LDS 17.06.18

Título original: *The case of the King gunman*
Vic Peterson, 1953
Portada: Provensal
Ilustraciones interiores: Antonio Parras
Versión castellana de: José Herrera
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso del amable pistolero
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

El botones del «Coral Ressort» que hasta entonces describía expertos vaivenes con la bandejita, mientras recorría el largo pasillo, dejó de efectuar sus maniobras de veterano, al llegar frente a la puerta marcada con el número 268.

Procedió a transformarse en viva imagen del respeto, apretándose con el pulgar el chicle contra una muela, revisando su botonadura, y procurando dar a su cara una falsa candidez respetuosa.

Sus preparativos no obedecían a la esperanza de una propina, sino a cierta conversación que dos días antes, el mismo de la llegada del huésped número 268 al hotel de Coral Gables, había escuchado sin dar señales de vida, oculto tras la puerta.

Hablaban el jefe de los botones, y el subgerente de ascensoristas.

—… como te lo digo. Me juego la paga del mes entero a que éste Orlando es el pistolero que se escapó con otro de la matanza de Tampa.

El hecho de que el avaro subgerente se jugara la paga, impresionó al botones que, tragando saliva, aguantó la respiración para no perderse una sílaba.

—A ti te basta con que un hombre lleve un dedo vendado para soñar con misterios —replicaba el jefe de los botones—. El 268 es la amabilidad personificada. Se quita el sombrero cuando hay señoras delante. Cede el paso a otros.

—Pero, ven acá, capullo. ¿Es que te crees que un pistolero tiene por fuerza que escupir plomo constantemente? ¿A que no te juegas la paga?… Ya verás cuando venga la policía a meterle mano al 268, el bollo que se forma. ¿Por qué escogió habitación en el último piso, habiendo tantas libres? Para estar junto a la azotea y tener la

escapatoria cerquita. ¿El esparadrapo en la nariz y en las cejas, lo lleva para hacerse el guapo? Yo me leí a fondo todo lo referente a la matanza de Tampa, donde cayeron dos federales y tres pistoleros. Se quedaron heridos otros dos federales, y escaparon dos «gangsters». Uno herido en la cara y en el pecho. El otro, intacto. No daban los nombres, pero eran de la banda de contrabandistas que los federales llamaban «La Heroína», porque dicen que además de traficar en heroína, es una mujer sin identificar quien los capitaneaba. Y había dos italianos en la banda. ¿Cómo se llama el 268? Pues Tony Orlando, ¿no? Y mira suave, pero en todas direcciones, ¿no? A que no te juegas la paga —retó de nuevo el subgerente de ascensoristas.

La vacilación en el otro era patente por su silencio, y el botones se mordió una uña, nervioso. No cabía duda que si el muy roñoso subgerente arriesgaba una paga, había «algo» en el 268.

—Hombre, si tan seguro estás, puedes ganarte la recompensa que seguramente darán por un fugado que se cargó a federales. ¿Por qué no vas a ganarte la recompensa?

—Mira, hijo. Yo tengo mucha experiencia de la vida, ¿sabes? —afirmó el subgerente—. En todos estos asuntos de drogas, el que se chiva aparece despellejado. El 27 de septiembre, Gianini, el que delató al «gang» de Zerrilli, apareció en la 107 de Nueva York con dos balas en la cabeza. A mí no, querido. ¡Anda! ¿A que no te juegas la paga a que antes de poco hay bollo con el 268?

El botones dejó de escuchar, porque además de negarse, el jefe manifestó que a él no le interesaba el 268, y en cambio le urgía volver al trabajo.

Hasta entonces, por más intentonas que hizo, el botones no había podido echarle un vistazo al número 268, Tony Orlando.

Se arrojó ávidamente sobre la ocasión, cuando el gerente llamó a uno para llevar una carta recién recibida, y que debía subirse al número 268.

Tocó con delicadeza en la puerta, y esperando, se mordisqueó la uña del pulgar. Notaba cierto frío en las orejas, como cuando por méritos contraídos sabían que su padre, al llegar a casa, le explicaría con refuerzo de estirones de cabellos, que la seriedad en el cumplimiento del deber y el trabajo laborioso, eran imperativos indiscutibles.

Una voz agradable, honda, invitó:

—Adelante.

El botones perdió el helor de las orejas, substituido por un cálido aflujo de sangre. Antes de invitarle a pasar, había oído el suave descorrer del pestillo interior.

Empujó con sublime decisión…

—Una carta urgente para usted, señor Orlando —anunció chillonamente, convencido que la naturalidad era esencial.

Si el 268 se daba cuenta de que él sospechaba…

El 268 alargó una diestra que al botones se le antojó descomunal. La posó un instante sobre la bandeja, y, retirado el sobre, comentó:

—Un chico de tu talla, no debe mantener los ojos bajos como una púdica doncella, mocito. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Elmer, señor, para servirle, señor.

—¿Quién te ha entregado esta carta, Elmer?

La voz era tan amable, que el botones alzó la vista. Vió a un hombre joven, de agradable aspecto, cabello muy negro, rizoso, ojos negrísimos y aterciopelados, sonrientes…

Pero las dos líneas rojas, una surcando el caballete de la nariz, y la otra torciéndose en la ceja izquierda, volvieron a enfriar repentinamente las orejas de Elmer.

—El gerente, señor. Me dijo: «Sube esta carta al instante al señor Orlando».

—Pero a lo mejor tú viste a quien la trajo. No lleva sello.

—No vi a nadie, señor. Palabra de honor, señor.

—Te creo, pimpollo, Debes ser muy sensible, hijo. Desde que has entrado, has mudado un par de veces de color, pimpollo.

—Es que… tengo algo de fiebre, señor. Algo de paperas.

—Ya. Pues cuídate, mocito. Toma esto para las paperas.

—¡Mil gracias, señor! Siempre a sus órdenes, para todo lo que guste mandar, señor.

—¿Sí? Bien, entonces deslízate hacia la puerta, ábrela y esfúmate, Elmer.

El botones realizó la orden con gran perfección, y ya fuera, respiró entrecortada y admirativamente, apretando contra su guerrera la bandejita y el billete de dólar.

Todo un caballeroso y amable pistolero, aquel Tony Orlando.

Una sonrisa como la de la hiena del Zoo. Unos ojos como brasas. Unos dientes de anuncio. Y vestía como un artista de cine.

No cabía duda. Era un pistolero. Quitado el esparadrapo, se veían netamente marcadas las huellas.

«Un balazo de refilón» había explicado el devorador de sucesos, refiriéndose a una de las dos heridas del italiano escapado de la matanza de Tampa.

¿Qué otra cosa, sino un balazo de refilón, podía haber producido aquel hoyuelo en el caballete de la nariz, y su prolongación sinuosa en la ceja izquierda?

La matanza había tenido lugar veinte días antes.

Un médico hampón, un refugio esperando, y ahora… ver el modo de escapar, desde aquella playa, barrio exterior de Miami, a las Antillas cercanas.

Ése era el plan de Tony Orlando, decidió mentalmente Elmer, recuperando su normal juego de mandíbulas, y su natural mueca de superioridad.

Mientras, en su habitación, tras correr el pestillo, Tony Orlando rasgó el sobre después de cerciorarse de que no conocía aquel tipo de letra femenino que había escrito en el sobre:

> «Sr. Tony Orlando.
> Coral Ressort.
> CORAL GABLES (Miami)».

Y con las mismas mayúsculas empleadas para indicar la ciudad, prolongación de Miami, en una esquina la mención:

> «URGENTISIMO».

Tony Orlando caminó con lentitud hacia el mueble secreter, y sentándose, acabó de leer. Dejó la carta extendida sobre la carpeta, y cogiendo la estilográfica inserta en el capuchón de la escribanía, juego incluido en el elevado precio del «Coral Ressort», empezó a dibujar encima del sobre.

Repetía constantemente, sin mirarlo, el mismo dibujo. Un interrogante.

Cuando había cerca de tres líneas de interrogantes, el dibujo se cambió. Era una tosca calavera y un aspa.

Dejó caer la pluma, y sonriendo, acreditó la comparación con la hiena del Zoo, mientras leía en voz baja, como si paladeara cada palabra de la carta:

> «No te conviene liarte con Norton, porque Norton terminará mal, Tony. Tú no eres un sucio tonto como Norton, Tony. Te doy una prueba de que Norton es un sucio tonto. Está volando hacia París. No te esperó en el "Ressort". Tú eres inteligente, Tony, Es preferible que antes de irte a París y negociar con Norton, trates conmigo. Es falso que Norton sepa quién soy. Si pretende hacer un chantaje, y te ha dicho que soy alguna millonaria, lo único que va a conseguir, si escapa de los federales, es tener mala muerte. Y la merece. Podríamos negociar tú y yo, Tony. Esta misma tarde a las seis en punto, en el aparcamiento de coches de Hialeah, te recogeré en mi "Auburn", y podemos llegar a un acuerdo. Necesito un hombre como tú, de toda confianza, de pulso seguro. Me hablaba muy bien de ti el difunto Overlock. Es hora ya de que nos conozcamos personalmente. Tengo un gran interés en ello. Para evitar confusiones, porque los hombres morenos y guapos no escasean por Miami, te identificarás por un medio muy sencillo. Un programa del hipódromo en tu mano, te hará poco sospechoso a los federales. Y para mí, para reconocerte, lleva enrollada en la otra mano una revista que me gusta mucho, "*Glamour*", la de este mes, que lleva en su portada dos colores muy vivos: verde y grana. Saldrás más beneficiado negociando conmigo que con Norton. No lo dudes, Tony».

No había firma, pero para Tony Orlando no hacía falta. Por fin,

después del crepitante asunto del garaje de Tampa, la «jefa» como decía Overlock, daba señales de vida.

Volvió el sobre y en su anverso, la pluma fue trazando otros dibujos. Un interrogante, una calavera, unos labios arqueados de los que surgía una lengua con dos curvas, muy semejantes al escupir de una serpiente, y por fin dos manos cogidas en un cepo.

Era buen dibujante Tony Orlando. Tan bueno con la pluma como con la pistola.

Miró su reloj pulsera. Las tres y veinte. Le sobraba tiempo para llegar a las seis al hipódromo de Hialeah.

Introdujo dos llavines y tanteó un resorte oculto, antes de poder abrir su propio maletín. En el interior había varios objetos encima de unas mudas.

Toda su documentación, «doble»: la legítima y la «arreglada» por el difunto Overlock, el lugarteniente de la desconocida «jefa».

Un fajo de billetes. Dos cargadores para arma corta, que había demostrado en el garaje su eficacia contra los federales, y un cargador largo, de treinta y dos balas.

Personalmente prefería aquella «Webley» del 9 largo, pero la pequeña «Birmingham» del 6.35, era también efectiva, a menos de veinte metros.

Y tenía la gran ventaja de caber en la palma de la mano, bajo un programa de hipódromo.

Capítulo II

La florista del vestíbulo del hotel, no pudo ocultar que el enigmático huésped número 268 la ponía nerviosa, pero por muy diferente causa que al botones Elmer.

La amable cortesía de aquel hombre guapo, virilmente recio, sin empalagos ni debilidades, con ironía cariñosa, la obsesionaba.

Aprovechó que él estaba de espaldas hablando con el gerente, para retocar su maquillaje.

El gerente dedicó un saludo al que inquiría:

—¿Puede aclararme un punto, amigo?

—A su servicio, señor Orlando.

—Hace apenas unos diez minutos me han entregado una carta. ¿La trajo un repartidor de agencia?

—No, señor Orlando. Me la entregó una señorita.

—¿Rubia y pequeña? —Inventó Orlando.

—No, señor —sonrió el gerente, como dando a entender que era natural que un cliente como el 268, tuviera una larga lista de admiradoras—. Era más bien alta, muy distinguida, y con el cabello pardo obscuro. Unos ojos preciosos, si me es permitido decirlo. No muy grandes, pero muy expresivos en su bello color azul.

—Gracias, amigo. Su trabajo no le impide ser observador, sino todo lo contrario. ¿Vendría en taxi?

—No, señor Orlando. Me permití admirarla mientras salía, y la vi tomar el volante de un soberbio «Auburn», azul obscuro.

—Muchas gracias, amigo. ¿Puedo permitirme una indiscreción?

—¡No faltaría más, señor Orlando!

El gerente tenía, por oficio un espíritu muy claramente definidor. Y le constaba que aquel sonriente y cortés individuo era más peligroso que un áspero y encolerizado gorila.

Bajó la voz Tony Orlando, adelantando un poco el busto:

—Somos hombres de mundo, amigo. Hay una señorita que sale de su trabajo a las siete, en el turno de tarde. Esta tarde me encuentro aburrido, muy aburrido. Le quedaría agradecidísimo, si le diera usted a Peggy, permiso para salir a las cinco. Naturalmente, quedaría entre nosotros dos. Es una chica encantadora. ¿Le ha molestado mi petición, amigo?

—¡Oh, no, oh, no! —se apresuró a replicar el gerente, que al principio, sin poderlo dominar, había fruncido el ceño—. Cuente conmigo, señor Orlando. Que la señorita Gaines me pida permiso para las cinco, y se lo concederé. Mandaré aviso a la otra florista.

—Agradecidísimo, amigo.

—Su servidor, señor Orlando.

Tony Orlando se dirigió hacia el kiosko florecido. Saludó:

—Buenas tardes, Peggy. Resulta cursi, pero no me queda más remedio que reconocer que es usted la flor más bonita de todo su surtido. ¿Me permite?

Cogió una gardenia, y ella se apresuró a alargar la mano para coger el tallo. Lo consiguió, y forzó una sonrisa al sentir su diestra aprisionada, en rápido y breve contacto.

—Esta tarde estoy muy aburrido, y me dijo usted que salía a las siete. Soy supersticioso, y esta noche he soñado que a las cinco la estaba yo esperando precisamente delante del Parador Tropical. Bueno, eran las cinco y minutos. El tiempo justo para que usted llegase.

—Yo… lo siento, pero el gerente no me concedería…

—Inténtelo, Peggy; inténtelo. Es mi tarde cariñosa.

Tony Orlando, con la gardenia ya colocada en el ojal, dejó caer de su diestra un billete de cinco dólares en la cesta-caja.

Ella pestañeó, en mudo consentimiento afirmativo. El también pestañeó, relucientes los anchurosos y negros ojos…

Hacia la puerta. Tony Orlando levantó la diestra, y el botones Elmer acudió en carrera, que enmendó con rápido viraje, al decir Orlando:

—Taxi, pimpollo.

En el taxi, Tony Orlando indicó:

—Almacenes «Uniprize», amigo.

Unos almacenes muy completos y frecuentadísimos. Con cortesía

se excusó Orlando varias veces al tener que emplear los codos para llegar hasta la sección de productos químicos, farmacopea y análisis.

Cogió de un estante un tubito, y dirigiéndose a la caja, extendió el brazo por encima de varias cabezas, tendiendo a la vez la etiqueta de precio y su exacto valor en un billete y moneda fraccionaria.

La cajera asió ambas cosas, y atendió al instante a otra impaciente pagadora.

Tony Orlando sonrió, yendo hacia otra estantería. Ahora ya no le importaba que le vieran la cara.

Podía haber sido molesto que le identificara la cajera como al comprador de un fuerte soporífero, famoso por no tener sabor, y endulzar tan sólo el líquido en que se fundía con rápida efervescencia.

Cogió otro tubito. Éste era todo lo contrario, un revulsivo que quitaba el sueño a una marmota en verano.

Cuando hubo pagado su segunda adquisición en otra caja, pasó a la sección de librería y lectura. Se instaló en un sillón, después de escoger la revista «*Glamour*». En efecto, la portada pegaba mordiscos, con su gama violenta de matices escalonados de verde y grana.

Miró su reloj, asombrado de que la hilaridad que le producían los «Consejos de Mary Helen a las novias», le hubiera absorbido media hora.

Volvió a dejarla en su rimero, y abandonó los Almacenes.

Compró la misma revista en un kiosko callejero, cuyo propietario discutía animadamente con un cliente sobre las carreras de aquella tarde.

Se limitó a asir el billete que le tendía Orlando, que era el precio exacto de la revista que a la vez le mostraba, con lo que también se cubría la cara.

Anduvo Orlando unos minutos, antes de llamar un taxi, al que le indicó la dirección del «Tropical», distanciado un centenar de metros del hotel «Coral Ressort».

Cuando el taxi le hubo dejado ante la espaciosa terraza de parasoles, Orlando tenía ya la revista colocada de modo extraño.

No le interesaba que más tarde, pudiera decir Peggy Gaines que

su galán llevaba una revista femenina.

Y su cuerpo atlético, pero sin corpulencia, le permitía simplemente, aflojando algo el cinto, llevar el «*Glamour*» junto a la cadera izquierda.

Se sentó en uno de los sillones de mimbre, en primera fila de parasoles, y al extremo más próximo y visible para quien acudiera desde el «Coral Ressort».

Pidió un medio combinado, y saboreándolo meditó que era hermoso un paisaje, cuando siéndolo, se tenía además la sensación de que más que nunca, la vida de un pistolero afanosamente buscado por los federales para llevarle a la silla eléctrica, y por la incógnita «Heroína», debía ser apurada con sibaritismo, rápidamente, pero con cautela.

El paisaje de aquel Manhattan de cielo fuertemente azul, con los blancos rascacielos de Miami, la arena amarilla, el topacio marítimo, las rocas rojizas, era precioso.

Daba gusto sacarle partido a cada minuto…

—Buenas tardes —tembló una voz a su lado.

Tony Orlando se puso en pie, apartando a un lado un sillón.

—Es hermoso vivir, Peggy. ¿Me permites que te invite a un suave batido de nata? Un Laudo de nata, amigo.

Peggy Gaines, sin mirar al hombre que estaba a su lado, creyó conveniente recitar el discurso que había preparado:

—Le pareceré tonta, señor Orlando, pero debo indicarle que yo no acostumbro a aceptar invitaciones de clientes del hotel. Con usted he hecho una excepción, porque es usted un caballero.

—No soy ningún jovenzuelo presumido, Peggy. Cóbrese, amigo. Guarde el cambio si sobra, y si falta, dígamelo.

—Muchas gracias, señor.

El camarero se fué, y Tony Orlando cogió el vaso destinado a ser bebido por su «coartada» galante. Dos comprimidos del somnífero daban un sueño tranquilo. Tres, amodorraban a los cinco minutos, profundamente.

La diestra de Tony Orlando que empuñaba la cabeza de un sifón, sostenía entre sus doblados meñique y anular, tres comprimidos.

—Es excelente con sifón. Chispea y burbujea. Te gustará mucho, Peggy.

Un chorro, y los tres comprimidos cayeron dentro del batido, del

que antes había vertido la mitad en otra copa el que mirando a los ojos femeninos, sonreía amablemente.

Ella bebió con ansia, y Orlando apuró también la misma bebida sin su complemento, en la otra copa.

—Delicioso para calmar la sed. Vámonos, Peggy.

La cogió del codo para ayudarla, y no la soltó cuando caminando ya por la ancha acera de la avenida, expuso:

—Me gustaría oírte hablar de ti, Peggy. Hay allí mismo un sitio ideal. Lo descubrí ayer. Unas rocas en forma de estuche, con un banco comodísimo. Es necesario que te convenzas que no soy un estúpido engreído, Peggy.

Ella se dejaba llevar, aunque muy dispuesta a demostrar que no era una conquista fácil, ni mucho menos.

El «estuche» era en realidad un sitio que la naturaleza debió crear para enamorados o solitarios deseosos de enfrascarse en meditaciones, a cubierto de inoportunos curiosos.

Sentados, ella murmuró:

—Parece el fin del mundo este sitio, señor Orlando.

—Puedes llamarme Tony. No conozco a ninguna chica en Miami, y podrá parecerte mentira, pero apenas te vi, me gustaste. Eres clásicamente mi ideal femenino.

Atribuyó ella a rendimiento y sumisión contra los que no podía luchar, su leve mareo, pero devolvió apasionada el primer beso del fascinante y enigmático número 268, que ya era para ella en susurros:

—Tony… No está bien, Tony… ¿Qué pensarás de mí?

Entre los susurros intentaba no abandonar tan sin voluntad sus labios, pero pensó, cada vez con menos percepción, que iba a desmayarse.

Creyó desmayarse, mantenida en agradable abrazo. Ya no tuvo Peggy Gaines, noción alguna de la expresión tiempo.

Pero sí la tuvo Tony Orlando, cuando tras colocaría tendida en el musgo, entre dos rocas, le quitó el reloj pulsera, que marcaba las cinco y veintidós.

Hizo girar las manecillas, hasta que quedaron en las cinco menos cuarto.

Dió cuerda, colocó de nuevo el relojito en la muñeca de la que estaba profundamente dormida, y bajó por un sendero lateral.

A las seis menos tres minutos, compraba un programa de las carreras, y a las seis menos dos minutos, estaba muy visible en el espacio comprendido para peatones en la acera al oeste del gran hipódromo de Hialeah.

Se reclinaba contra el tronco de una palmera, con los brazos caídos. En la mano derecha llevaba el programa colgando, y en la izquierda la revista «*Glamour*» enrollada por la explosiva portada.

Era excelente aquella «Birmingham» del calibre 6.35. Cabía perfectamente, sin ser visible, en la palma de la abierta diestra que sostenía el programa contra el muslo, y sería la mejor respuesta si, como presentía, no le interesaba a la «jefa» desconocida, que Tony Orlando pudiera «aliarse» con Errol Norton, el otro superviviente de la banda.

CAPÍTULO III

Era constante el ir y venir de coches por la calzada, más allá de la hilera de los aparcados delante suyo.

Si, como estaba casi convencido, ella no venía, mandaría a uno o dos tiradores a sueldo. Los haría contratar por algún nuevo «Overlock».

¿Vendrían en un coche? No, porque luego hacer marcha atrás era imposible, y describir el viraje de escape, resultaba casi tan imposible.

¿Vendrían a invitarle? Tampoco. Porque la carta decía claramente que «ella» era la que deseaba negociar.

Sonrió Orlando. Sí, iba ella a negociar… el medio de suprimir a los dos supervivientes, uno de los cuales, Errol Norton, camino de París, llevaba una carta que valía mucho dinero.

Todo era posible. Podía ella aparecer con su «Auburn» color azul, gentilmente…

El elevado torreón del hipódromo, mostró en sus cuatro fachadas, dos negras agujas inmovilizadas por un instante en perfecta prolongación vertical sobre la esfera.

Las seis en punto…

Los sitios más concurridos eran muchas veces los más seguros para quemar pólvora, porque se producía en la grey humana el mismo fenómeno que en el ganado alocado: la «estampida».

¿Por qué había acudido a aquella cita? ¿Por qué se había preparado una coartada? Lo normal hubiera sido, apenas recibida la carta, emprender el mismo vuelo que Errol Norton, hacia París.

Pero lo corriente y vulgar estaba reñido con Tony Orlando. Era precisamente esta peculiaridad suya, la que producía efectos desconcertantes.

Por una fracción de segundo atribuyó a Errol Norton la posible elaboración de la carta…

El resto del segundo, encorvó el índice derecho.

Tenía un olfato, especial, tal vez por su mucha práctica personal, en reconocer el sello que diferenciaba a un ciudadano con sus deberes y obligaciones, o en sus propias diversiones, tales como los que acudían a probar suerte, o salían enojados, y la ralea de los profesionales del galillo.

Aquel individuo que acababa de encender un cigarrillo a unos quince pasos, lo hizo de un modo especial. Ahuecando una mano a la altura de su estómago.

Podía ser zurdo, pero mantener la cerilla fuera del hueco de su diestra, era absurdo. Daba facilidades excesivas aquel muchacho… que llevaba una pistola inserta entre el cinto y la camisa.

La llamita chisporroteó, y Tony Orlando, dejando caer el programa, crispando apenas la diestra, en giro de muñeca hacia arriba, apretó dos veces consecutivas el gatillo.

Tenía el gran don de sincronizar los dos movimientos. El de matar y evitar serlo.

Por esto, cuando enfilaba la trayectoria, el resto era sencillísimo, si se poseía elasticidad, sangre fría y la supersticiosa convicción de que no había nacido el que pudiera tumbarle tan fácilmente.

Cuando enfiló la trayectoria, echóse de espaldas, abandonando el apoyo del tronco. La ráfaga de balas que le era destinada mordió la rugosa corteza, produciendo el mismo efecto que una serie de taponazos.

El enviado tenía malas ideas, pensó Orlando, ya en pie, y corriendo por entre la hilera de sicomoros.

Las tres primeras balas, apenas había dejado caer la cerilla, y sacó de entre su camisa y el cinto del pantalón, la pistola, las había destinado al pecho de Tony.

Las otras dos, con leve bajada del cañón, apuntando al vientre, pero le habían salido muy por debajo de su intención.

Mientras corría con larga zancada, meditó que no era culpa del muchacho. La intención y puntería habían sido perfectas, y a otro le hubieran hecho mella.

Pero a un hombre con dos balazos incrustados en dos puntos vitales, frente y estómago, no se le podía exigir más de lo que hizo,

ya que las otras balas que se hincaron al pie del árbol eran ya producto de un índice con estertores y espasmos finales.

Dejó de correr, porque los sicomoros, cediendo lugar a otras palmeras, daban ya el acceso al famoso parque de Hialeah, sitio favorito de juegos infantiles.

Tony Orlando se abanicó con el «*Glamour*». Una tarde hermosa.

Y era casi lamentable comprobar que las reacciones eran casi siempre matemáticas. Al oír los taponazos de la pólvora, los ignorantes, corrían en varias direcciones, pero siempre a puntos cardinales opuestos al ruido.

Y después de entrechocar, caerse, insultarse, preguntar incoherencias, cuando el ruido cesaba, todos corrían en humano aluvión hacia el mismo sitio: Hacia donde había uno o varios yacentes que no podían levantarse por sí mismos.

La primavera era una estación deliciosa. En Miami, la mejor hora empezaba cuando el sol dejaba de calentar, para iniciarse el frescor precursor del crepúsculo.

Tiró la revista en la boca de un colector, mientras se acercaba por detrás a una hilera de taxis.

Subió en uno, que le condujo al barrio polaco. Lo dejó marcharse y cogió otro taxi, dándole la dirección del «Tahití», parador que distaba unos doscientos metros del «Tropical».

Estúpida manía aquella de dar nombres exóticos a locales ambiguos, mitad bares mitad tugurios elegantes.

Silbó con fruición mientras se dirigía hacia el roquizo «estuche».

Había ya empezado la caza. Él tenía que ponerle el cepo a Errol Norton, y «ella» ansiaba cogerlos a los dos.

No le volvería a mandar un torpe pistolero, que suponía que encender una cerilla servía para despistar, y poder asir mejor su herramienta.

Era hermoso aquel verdor circundante, estando tan cerca la línea arenosa, donde el mar se deshacía en flecos de espuma susurrante.

Se inclinó, chasqueando la lengua. Resultaba poco armonioso aquel ronquido que daba Peggy Gaines.

La alzó en vilo, para volver a sentarla como al inicio de su flirteo. Dormía con total abandono.

La reclinó contra su regazo, de espaldas, boca arriba. Colocó

suavemente un comprimido de «amphetamina» en la sonrosada lengua, aprovechando una de las aspiraciones.

Aguardó unos instantes, y colocó otro comprimido. No lo hacía bruscamente sino con mimo, casi cariñosamente.

Le cogió la muñeca, y consultó el relojito. Marcaba las cinco y veintisiete, casi tres cuartos de retraso.

Hizo girar la ruedecilla del suyo, colocándolo un minuto más adelantado: las cinco y veintiocho.

Arrojó lejos, hacia el mar, donde se sumergieron, los dos tubitos, el cristalino del soporífero, y el rojizo de bakelita del poderoso estimulante, que operaba sobre el gran simpático.

¿Por qué llamarían «gran simpático» al centro nervioso, que servía para despabilar el cerebro?

Las instrucciones del folleto lo decían muy marcadamente, en epígrafe impreso a mayor tamaño:

> «Dos comprimidos impiden el sueño y el cansancio».

Lo había experimentado cierta vez, en que huyendo tan incansablemente, como eran incansables sus perseguidores, casi se arrastraba falto de dormir, sintiendo que iba a caer derrumbado no a tiros, sino de sueño.

Y aquel estimulante de la corteza cerebral, le vigorizó infundiéndole una inmensa euforia, sintiéndose saltarín, ágil, como dotado de alas en los pies.

Le explicaron cierto tiempo después que a los intoxicados por exceso de píldoras contra el insomnio, les daban aquel revulsivo, y despertaban como quien resucita.

Acarició los sedosos cabellos de Peggy Gaines, mientras la enderezaba y enlazándola por el talle, la reclinaba contra su hombro. Y sin sarcasmo, amablemente, empezó a hablar:

—No me cansaré de repetírtelo, Peggy, hasta que no lo niegues. Eres la mujer de mis sueños. Tienes la lozanía de una fruta temprana, y nunca le dije yo estas memeces a ninguna. Ya está, querida, ya está… la se va pasando…

Le dió palmaditas en la mejilla y aplicó sus labios en la sien, que

batía aceleradamente. Ella se pasó una mano por la frente. Musitó alelada:

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? Me he mareado…

—La cercanía del mar, Peggy querida. O tal vez el efluvio de mi amor sincero. No hay que ser cínicos. El flechazo existe.

Peggy Gaines tuvo una idea puerilmente grotesca. ¿Aquel mal sabor de boca, aquel estar como adormilada y a la vez muy nerviosa… era el «flechazo»? ¿Era la aparición, era en su monótona existencia, del amor?

Volvió a repetir:

—Me he mareado, Tony. Estoy como cuando de pequeña me daban una paliza. ¿Me desmayé?

—Te sucedió algo raro, querida. Cerraste los ojos y por más que te hablé no me contestabas. ¡Oh, poco tiempo! Escasamente unos minutos.

Miró Orlando su reloj de pulsera, y ella hizo, lo mismo. Se reclinó con voluntario abandono.

—Ha sido maravilloso, Tony. Lo presentí. Tú ibas a ser el hombre de mi vida, Tenía que ser así, cuando apareciera él…

Se calló, porque suavemente en sus labios se posaban los masculinos. Un beso afectuoso.

Un beso que ella hubiera querido más prolongado, pero Orlando no quería que el crepúsculo desmintiera su horario.

La atrajo por las manos, ya en pie. Sonreía tan risueño, que Peggy Gaines se sintió inundada de euforia, de alegría, de nerviosismo trepidante…

—Tengo un capricho, Peggy. Vamos al cine, a cualquiera. Sentirnos los dos juntos, manos juntas, corazones latiendo al unísono…

Se dejaba llevar, asida del brazo duro y compacto del que iba meditando que el hombre podía permitirse decir las mayores necedades, sin ser ridículo, mientras quien las oyera estuviera enamorada.

El paraíso de los enamorados, decían los carteles turísticos. No mentían, por lo menos en cuanto se refería a senderos solitarios y numerosos.

Llamó a un taxi cuando salían de entre las rocas, más allá de «Tahití».

—Tú misma, querida. Al cine que te guste más.

—Al «Excelsior». Tiene una refrigeración especial, que me agrada. No hiela, ¿sabes?

En el cine, Orlando asió la muñeca izquierda. Ella reclinaba su cabeza, de modo que le estaba cosquilleando, pero él soportó la molestia.

Susurró:

—Un poco más y se te cae el reloj, querida.

Lo presentó y ella tendió la muñeca con completa indiferencia todo lo que no fuera mirarle.

El «horario» quedaba normalizado.

La película era entretenida, pensó Orlando. Un sujeto envenenado, que buscaba al que lo había envenenado y le quedaba muy poco por vivir. Se apasionó por la trama.

Era preciso que aquel sujeto pudiera barrer a tiro limpio a sus envenenadores. Si no terminaba así, y salvándose, el director era un mal hombre…

Nerviosamente, a su lado, Peggy Gaines sentía impaciencias de gata mimosa, pero Orlando se limitaba a acariciar distraídamente.

No apartaba la vista de la pantalla. Y cuando las luces se encendieron, gruñó:

—No está bien. Resulta que el tipo sabe que está envenenado y los médicos lo saben y ninguno le da el antídoto.

Peggy Gaines estaba desilusionada, aunque acrecentado su amor. Miró maquinalmente su reloj y exclamó:

—¡Cómo pasa el tiempo, Tony! Ni me di cuenta, que fueran cerca de las ocho y media.

—¿Tan tarde? A tu lado, ha volado el tiempo. Y tenía una cita a las ocho. Te acompañaré a tu casa, Peggy, y mañana… Vámonos.

Quería ella protestar, pero la contuvo la certidumbre de que Tony Orlando no era de los que admitían imposiciones.

Se sintió agradecida al beso que en el taxi le dio Orlando como despedida.

—Hasta mañana, Tony. ¿A qué hora?

—La que tú quieras, Peggy. Telefonéame.

Al reanudar el taxi su marcha hacia el «Coral Ressort», se arrellanó Orlando.

El maletín con el dinero y el arsenal, estaba en sitio seguro. ¿Era

desafiar el Destino volver al hotel?

No. Era marcar un jalón más en su camino. No le delatarían ni Norton ni «ella», puesto que ésta ignoraba si él estaba impuesto del contenido de la carta en poder de Norton.

Y en cuanto a Norton no le convenía delatar al que podía devolverle la recíproca.

Su legítima documentación nada tenía que ver con el italiano de Tampa. ¿Huellas digitales? No las hubo, sino en un gatillo que no cayó en poder de los federales.

Los federales… Unos muchachos duros de pelar, muy a caballo sobre lo legal. Casi todos unos magníficos tiradores, claro que no de su alcurnia.

Le dolía separarse de aquella simpática «Birmingham», pero más valía estar prevenido. Si era cauto, los federales no podrían detenerle. Había muchos italianos en los Estados.

Sabían que del garaje se habían escapado dos: un italiano y un británico. Le brillaron mucho los ojos al recordar que los dos federales muertos llevaban la misma «marca»: un tiro en la frente y otro en el estómago.

Pesaba poco aquella herramienta y cuando pagó el taxi, tras haberle ordenado que se detuviera a medio centenar de metros del hotel, balanceó el brazo levemente, apoyando el torso en el pretil, junto al embarcadero.

La pistola cayó verticalmente, sumergiéndose…

Podía muy bien, apenas abandonó el tronco de palmera, haberse dirigido a cualquier aeródromo. Un fallo.

Le interesaba demostrar que no tenía nada que ocultar. Sólo había un riesgo… «Ella». Pero ya le hubiera señalado a los federales si creyera que con ello lo silenciaba. Si empleó un pistolero fué porque creyó que él y Norton iban a ir a medias en la explotación de aquella carta, aunque después pretendiera Norton escaparse.

Claro que luego Norton diría que no huyó de él, ni de «ella». La vida era un alegre juego de mentiras siniestras.

Apenas empujó la puerta giratoria, comprendió que «los otros» ya estaban allí. Lo percibió en la mirada de angustia de Elmer, el botones y en el gesto inútil del gerente, secándose el sudor de la frente con un pañuelo, cuando a su lado, un ventilador desparramaba frescor.



así te ves, Norton, por haber sido tan terco conmigo.

CAPÍTULO IV

Se aproximó al mostrador, con amable sonrisa.

—¿Hay algo para mí, amigo?

—Dos señores que le han estado esperando, y que…

—Déjelo.

Él que acababa de hablar, estaba a la izquierda de Orlando. Otro a sus espaldas.

Muchachos precavidos, pensó. Valientes, pero sin excluir la legal prudencia.

Miró al que a su lado mostró la palma de la mano. Tenían un arte especial aquellos muchachos, para enseñar el carnet al propio interesado.

—¿Es usted Tony Orlando? —inquirió el federal.

Tony Orlando, mirando el carnet, leyó:

—«Lewis Preston». Sí, señor Preston. Soy el señor Orlando.

—Bien, señor Orlando. ¿Le molestaría permitirnos que le acompañáramos a su habitación?

—Es deber de civismo colaborar con los representantes de la Ley. ¿En qué puedo servirle, señor Preston?

—En su habitación estaremos mejor. Le seguimos.

Se dirigió Orlando al ascensor, cuyo manipulador abandonó con alivio la caja, al imperativo gesto del que iba dos pasos atrás del primer federal.

Cerró Preston la puerta corredera y Orlando bajó la palanca, mirando cómo iba rodando la aguja hasta detenerse en el último piso.

Abandonó el ascensor, encaminándose a paso un poco tardío hacia la puerta marcada 268.

La abrió, y de soslayo vió cómo el otro federal adelantaba un

pie. Un modo de evitar que se cerrara la puerta antes de lo reglamentario.

Se dirigió hacia un sillón, para sentarse en su brazal.

—Bien, señor Preston. ¿De qué se trata?

—No es un interrogatorio. Es libre de contestar. Tengo orden escrita de interrogar a cuantos súbditos italianos, nacionalizados o no, deambulen por Florida. ¿Quiere ver la orden?

—Por favor… ¿No le he dicho ya que es deber cívico ayudar a los representantes de la Ley? ¿En qué puedo servirle?

—Se ha inscrito usted, hace dos días, como procedente de Nueva York. Del hotel «Merchant's Sea». Profesión: viajante. ¿Le molestaría mostrarme la documentación que está relacionada en el registro?

Tony Orlando miró al que, apoyado junto a la cerrada puerta, examinaba la antesala con ojos escrutadores. No se comportarían de distinta manera dos «enviados» de cualquier jefe de «gang».

Éstos eran más corteses, pero duros y fríamente cortantes.

Lewis Preston comentó, examinando los tres compartimientos de mica de la carterita de identidad de Tony Orlando:

—Toda la plantilla está funcionando sobre el mismo campo, en búsqueda de lo mismo. Un pistolero italiano, que hace unas tres semanas, en un garaje de Tampa, escapó tras matar a dos compañeros nuestros. Y esta misma tarde, ha dejado su huella en el hipódromo de Hialeah. Dos tiros certeros. Los testigos incurren en algunas contradicciones. Unos dicen que el pistolero que repelió un ataque de otro, cayó de espaldas, como herido. Por cierto, señor Orlando…

Alzó Preston la vista de la carterita, y sus grises ojos se posaron en las dos huellas rojizas de la nariz y ceja:

—Lleva usted dos marcas recientes.

—Sí. Hará unos quince días, en el tren. Un aprensivo, hizo funcionar la alarma entre Albany y Troy. El parón fue tan repentino que di de cara contra un cristal. Me atendieron en el mismo tren. Un revisor muy amable. El ser viajante tiene sus ventajas y sus incidentes.

—Su documentación está en regla. Gracias. ¿A qué hora salió del hotel esta tarde, señor Orlando?

—Serían aproximadamente las tres. No, no me ofendo. Repito qué es deber…

—Gracias —atajó Preston—. Toma nota, Cadwell. Hago esta indicación a mi compañero, porque deberemos cerciorarnos de sus respuestas. Hay muchos italianos en Florida y Estados. Nos espera a todos nosotros una noche intensa. ¿A las tres, salió del hotel?

—Más o menos. Fui al centro, con el propósito de renovar mi juego de corbatas y calcetines. En los «Uniprize», pero francamente, no encontré nada a mi gusto. Salí hacia las cinco, hora en que me entretuve en la terraza del «Tropical», un parador cercano.

—Sabemos dónde está. Gracias. Hacia las seis, ¿dónde estaba usted, señor Orlando?

Tony Orlando se rascó con el índice el labio superior. El federal que junto a la puerta anotaba en su bloc, permaneció con el lápiz en suspenso.

Lewis Preston apremió:

—Cuando quiera, señor Orlando, Piénselo bien.

—Me pone usted en un compromiso, teniente.

—Simplemente agente de primera, por ahora. Posiblemente me ascenderán si cazo al cochino pistolero ese… ¿Dónde estaba usted hacia las seis, señor Orlando?

—Francamente, preferiría no contestar.

—Es muy libre, y en este caso, acompáñenos. Otro más indicado, me relevará de repetirle la pregunta.

—Un momento. Es que se trata del honor de una joven señorita. Cabalmente, una señorita.

Lewis Preston se mordió el labio. ¿Por qué sentía deseos de romperle la cara a aquel guapo y amable italiano?

Pero en la gerencia, ya se lo habían dicho. La florista Gaines, era una chica honesta, muy cumplidora, y que por vez primera, se enamoraba de un cliente.

—Hable ya, porque tenemos prisa.

—Mi titubeo es elementalmente masculino, compréndalo. Hay cosas que un caballero no deja traslucir.

—Un caballero de los de mi tierra, no da tantos rodeos. Basta con que diga con quién estuvo y comprobaremos.

—A las cinco y media aproximadamente, después de tomar un refresco en el «Tropical», la señorita Peggy Gaines, florista del hotel

y yo, fuimos a dar un corto paseo por la orilla del mar. Después, serían creo las seis menos cuarto, no cronometré… tomamos un taxi, junto al rompiente del «Tahití», y fuimos al «Excelsior». Una película decepcionante, en su final. El envenenado…

—¿A qué hora salieron?

—Las ocho y media. La señorita Gaines comentó, asombrada, que el tiempo había volado.

—Telefonea, Cadwell.

El otro federal avanzó hacia el aparató. Orlando dijo:

—Por favor, empleen otro aparato, amigos. Soy respetuoso con la Ley, pero hay límites. Tengo mi documentación en regla, como ya han comprobado. El hecho de haber nacido italiano, es muy honroso para mí. Exijo una vez cumplido mi deber, mis derechos. Si un italiano dispara en Tampa, no es razón para que…

—No se «caliente» —sonrió Preston, pero sólo con los labios—. Telefonea desde otro aparato, Cadwell.

El otro federal salió, dejando la puerta abierta. Lewis Preston denegó el cigarrillo que le ofrecía Orlando.

—¿Conoce usted París, señor Orlando?

—Muy bien. Una capital deliciosa.

—¿Y Tánger?

—También. Es pintoresca, algo melodramática, pero sin exageraciones.

—A su edad ha viajado usted mucho.

—Por esto elegí mi oficio.

—Es legítimo el documento extendido por el Colegio de Agentes Comerciales. No se moleste, señor Orlando. Le haré una revelación mientras vuelve mi compañero. El motivo que obliga a nuestras pesquisas, es hallar cuanto antes a los supervivientes de un «gang» de traficantes en heroína. Uno es un inglés y el otro un italiano. Le hice la observación de que su carnet del Colegio Comercial es legítimo, porque se da la casualidad, de que los traficantes siguen generalmente una ruta, entre otras. Adquieren la droga en África, al norte, generalmente negociándola en Tánger o desde París. La introducen por Nueva York, o por Florida. Y algunos emplean el carnet de viajante. Por eso el Organismo de Represión exigió cierta contraseña que es colocada en los carnets, al efectuar el pago trimestral de contribución. El suyo la lleva.

—Me gusta estar siempre en orden.

—Pero no ha de chocarle mi actitud. Aparte de que en mi oficio nos es obligatorio desconfiar, cuando revisamos las listas de italianos, pedimos telefónicamente su descripción física, señor Orlando. Es formidable comprobar lo fácil que se puede incurrir en error, o la abundancia de italianos altos, morenos y de buen ver.

—Gracias por su última calificación.

—Es difícil nuestra tarea. Hoy, la organización de traficantes, es tan perfecta, que viajan con más garantías que un ciudadano honorable. Y hay «gangs» conocidos, pero a los que no se puede coger «in fraganti». Este «gang» que en nuestros archivos consta con el apelativo de «La Heroína», porque se supone dirigido por una mujer, ofrece puntos que hacen aún más difícil la tarea de coger a los dos fugitivos. En el garaje de Tampa, al ser sitiados por compañeros, cayeron tres de la banda. Llevaban doble documentación. Una legítima que les servía para viajar decentemente, y otra que era la empleada para sus negociaciones en Tánger y París.

—Leí en la Prensa todo lo referente a dicha banda. Por cierto, que me pareció muy obscuro. Había un tal Overlock, que apareció con los bolsillos vaciados, salvo su reloj pulsera, donde llevaba sus nombres.

—Es casi seguro que durante la refriega, uno de los pistoleros supervivientes, se apoderó de algo muy revelador que el tal Overlock debía llevar encina. Tal vez, algún documento que nos hubiera permitido conocer la doble identidad de los dos escapados.

—Comprendo que es como buscar una aguja en un pajar, encontrar al pistolero italiano.

—Las agujas son silenciosas. No es el caso del canalla de pistolero italiano, que esta misma tarde a las seis, disparó en una de las salidas del hipódromo de Hialeah. Se deduce que es él, porque fueron dos plomos de superior tino, y calibre corto. Los plomos extraídos corresponden a la misma arma que disparó contra los dos compañeros muertos en el garaje. He de confesar, que si usted no llega a tener una coartada tan firme, le hubiéramos molestado. A juzgar por lo que certifica el gerente, la señorita Gaines es incapaz de encubrir a un asesino, aunque esté enamorada. ¿No se ofende, verdad?

—¡Ni hablar, amigo mío! En parte, y como italiano de origen que soy, repudio la abundancia de compatriotas que se lanzan a delitos tan imperdonables como lo son el tráfico de estupefacientes y ejercer una mal empleada puntería en bravos agentes. Es mucha verdad que tienen ustedes un difícil trabajo en descartar las coincidencias. Cualquier italiano que salga de Florida rumbo a París o a Tánger, les parecerá a ustedes el cochino pistolero ese… ¿cómo se llamaba?

—La Prensa no lo citó, porque no estaba autorizada, o tal vez porque sigamos ignorándolo. Pero no tardaremos mucho en saberlo. En París y Tánger hay agentes internacionales, adscritos a nuestro organismo, que están siguiendo la pista de las andanzas de los tres traficantes que perecieron en el garaje. De Overlock, del francés Lemaire, y del otro italiano Ansaldi. Habrá concomitancias en algún momento y en algún lugar, que permitan relacionar a los muertos, con los dos que siguen por ahora, andando libremente. Se va usted a reír, cuando le declare una idea que tuve hace poco, señor Orlando.

—La risa es un tónico recomendable. Lo dice el nuevo profeta de la dietética moderna: Gayelord Hauser. ¿De qué voy a reírme?

—Pensé que siendo usted el posible pistolero que busca nuestro organismo, no hubiera regresado al hotel, ni se hubiera prestado tan amablemente a mi interrogatorio. Y hasta busqué cierta contraseña. Una señal especial, para los que llamamos «archisecretos».

—¿Archisecretos?

—Agentes del F. B. I., verdaderos héroes, porque a veces hasta son perseguidos por nosotros mismos, en su papel de maleantes. Claro, que dejamos de perseguirles, si al verles la documentación, falsa o legítima encontramos en una línea la referente a fecha de nacimiento, un número enmendado. No hay enmienda en la suya.

No la había tampoco en la otra documentación a nombre de Charley Renzio, que sería la que tendría que emplear en París, meditó Orlando. Porque se prolongaba demasiado la ausencia de Cadwell, que había ido tan sólo a telefonear. La mezcla de soporífero y revulsivo, ¿había producido posteriores complicaciones?

—¿Estará averiada la línea? —inquirió, amablemente, Orlando.

—Es posible que Cadwell haya requerido a la señorita Gaines, a presentarse, por si hay alguna contradicción.

—Las mujeres, aun las más sensatas, carecen a veces de lógica, al asustarse sobre todo. Ser interrogada por un agente policial, habrá impresionado a la señorita Gaines. Es muy sensible, extremadamente impresionable.

—Usted estará capacitado para saberlo. Puede también que Cadwell haya querido comprobar otros extremos. Uno de ellos, lo hemos ya pedido en conferencia preferente. Se trata de que la gerencia del «Merchant's Sea» de Nueva York, se limite a garantizar que usted abandonó el hotel hace tres días, según anotó en el registro. ¿No le molestará tanta meticulosidad?

—A ustedes es a quienes ocasiona molestias. Pero comprendo, muy naturalmente, el afán que tienen por llevar al sitio adecuado al que contribuyó a la matanza de Tampa.

En el umbral se enmarcó el agente Cadwell. Informó:

—La señorita Gaines ha corroborado todo lo dicho. Estuvo desde las cinco y minutos hasta las ocho y media con él. Desde Nueva York informan que hace tres días salió de allí, del «Merchant's», después de alojarse ocho días, procedente de Ohio. Llevaba parte del rostro cubierto con apósito.

—Ya está bien, Cadwell. Toma nota. ¿Recuerda el revisor que le curó, día, hora y tren?

—Déjeme recordar. Cogí el tren en Albany, hacia el norte. Fue al poco tiempo de salir, antes de llegar a la estación de Troy. Iba a visitar las hilaturas de Amsterdam. Exactamente dieciséis días. El revisor me dijo sus nombres, pero sólo recuerdo el segundo, porque era gracioso: Timothy… ¡Frank Timothy, eso es! Y un apellido vulgar, que ya no sé si Parker, Smith o… Preston.

No podía ofenderse Preston, porque lo dijo muy amablemente el italiano.

—Bien. Celebro haberle conocido, señor Orlando. Buenas noches.

—Siempre a su disposición, señores.

Fuera, en el corredor, manifestó Cadwell:

—La florista se encuentra indispuesta, dijo su padre. Pero se puso al aparato: ¿Quieres que vaya s verla?

—No estará de más. Todo parece muy claro, demasiado claro en este individuo. No me gusta. Tiene un aplomo demasiado evidente. Iré yo a ver a la florista, mientras tú inquieres lo que nos ha contado de su accidente de tren. Dame la dirección de la Gaines. ¿Hubo alguna vacilación en su declaración del empleo de su tiempo desde las cinco a las seis y media?

—Me pareció que sí. Me hubiera gustado tenerla delante, pero no te iba a dejar solo con este fulano. No me gusta.

Tony Orlando decidió que ya llevaba tiempo suficiente en Florida. Sabía ya que Norton estaba camino de París, y que «ella» ya haría lo posible por volver a tomar contacto.

Lo urgente, ya demostrada su tranquilidad de conciencia, era tomar el avión de las once hacia La Habana con su verdadera identidad. En Kay West, el «*ferry-boat*», le dejaría en el aeródromo de partida hacia el continente europeo.

Desde Kay West a París, viajaría como Charley Renzio. Una identidad que sólo «ella» y Errol Norton podían revelar —y no lo harían— era la que pertenecía al italiano de los dos disparos matemáticos.

Ante el mostrador, mientras un botones llevaba su equipaje a un taxi, Tony Orlando manifestó:

—No me gusta seguir en un hotel, donde me mirarían con repelo, desde que ser italiano parece constituir un delito. Me nacionalicé americano, pero tengo a orgullo mi patria de origen. No se lamente ni me de excusas, amigo. Usted no tiene la culpa de este estado de cosas. Si le vuelven a preguntar por mí, diga que he ido a un hotel del centro. Guarde el cambio, amigo. Fué usted muy servicial al darle permiso a Peggy. Adiós.

Antes de subir al taxi, tendió un billete al botones Elmer.

—No vayas tanto al cine, pimpollo. Largan mucho cuento. Adiós.

Sin contratiempos, Tony Orlando durmió plácidamente en el confortable asiento de la «Pan Air», rumbo a Francia. La aeromoza, profesionalmente gentil, lo fué aún más para aquel pasajero tan amable que respondía a los nombres de Charley Renzio.

CAPÍTULO V

Mientras acababa de vestirse, pensaba en Errol Norton. Un pistolero con agallas, pero no lo bastante inteligente para conseguir por sí solo sacar provecho a la carta recogida en el bolsillo del cadáver de Overlock.

Un acordeonista, bajo las ventanas del modesto hotel cercano a las Buttes, cantó con bastante acierto un tango. Un modo de mendigar muy parisino.

Generalmente, estos cantores callejeros sacaban más dinero que un oficinista. Había trabajo para cada uno, según su mentalidad. Esto era lo bueno del mundo.

Volvió a pensar en Norton. No era muy inteligente, si creía que le podía rehuir.

Llevando dinero largo, con un taxi, horas y horas, de hotel en hotel, y sabiendo más o menos los gustos de Norton, no era tan difícil localizarle.

Y el telefonazo había surtido efecto. Norton contestó como era de suponer. Había huido, porque «ella» le acosaba de cerca, habiendo asalariado otros pistoleros.

Y Orlando le prometió cariñosamente que aquella misma tarde, a las siete en punto, le esperaría frente a su fonducho.

Como despedida, le indicó que no le convenía perder más tiempo, salvo si también quería hacerle perder el tiempo a él.

En la calle, aspiró con deleite el especial perfume de la primavera parisina. Cada nación, cada capital, cada aldea, se jactaba de poseer una primavera única.

París tenía la suya. Muy peculiar.

Se detuvo en la esquina del callejón donde había elegido Norton su alojamiento.

Esperó poco. Le vió asomarse con precaución. Se volvía nervioso aquel muchacho…

Después de unos instantes de titubeo, Errol Norton avanzó rectamente hacia Orlando.

—¿Qué tal, muchacho? —inquirió Tony, jovialmente.

—No te vayas a figurar que te… Yo, comprenderás…

Norton se pasó el dedo por entre el cuello de la camisa y la piel.

—No me digas que estás asustado, muchacho.

—Puede ser que a causa de ti.

—¿Sí? Vaya, vaya… ¿Te has pensado bien el trato que hicimos en Miami?

—Tuve que huir, compréndelo. Ella dió con mi pista. Sabe ya que tengo… lo que tengo.

—¿Bien? —Y fue tan cariñosa la entonación de Orlando, que Norton dejó de caminar.

—¡Ya sabes que sí! No voy a ser tan imbécil como para pretender engañarte, Tony.

—No. No serás tan imbécil. Tienes el suficiente seso para no hacerme un «feo».

—Mejor será vernos mañana.

—Nos estamos viendo a medias. Poca luz, pero basta.

—Es que… no llevo la carta encima, como comprenderás. He preferido enviarla a mi chica.

—Pero tienes memoria. Dime algo.

—Tengo la seguridad de que me siguen, Tony.

—Se te pasará, tan pronto vayamos a medias. Escucha, pimpollo, no te vengo siguiendo desde Tampa a Miami, y desde Cuba a París, para admirar tu perfil de ternero. De costumbre soy amable y cortés, pero hay instantes en que la gente confunde la cortesía con el apocamiento.

—Mañana mismo ultimaremos el trato, Tony. Has de comprender que en los negocios de envergadura, todas las precauciones son pocas. Mira, toma esta llave. Ya me haré dar otra en el hotel. Mañana mismo a las… a esta misma hora. Te esperaré.

—Sería mejor ahora. Mañana a esta hora, si «ella» ha dado contigo, te encontraré más tieso que un poste.

—No… Ella no ha dado aun, y ya mañana, tú y yo…

—Estás perdido de nervios, Norton. Cuídalos. Es mi última

demora, mi último plazo. Si mañana te esfumas, la próxima vez, donde te encueste, ya sabes… Conoces mi saludo especial, ¿o no lo conoces? ¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—Tengo que comprobar que está segura la carta. Y así mañana, los dos… trataremos con tranquilidad.

—Bueno. Has ganado el plazo. Mañana a las siete, estoy como un clavo en tu guarida. No seas tonto, muchacho. No me gusta enfadarme con nadie. Soy así. Prefiero que todo sea despachado con buen humor. No corras, ni remires tanto a cada lado, o te van a tomar por un fugitivo pistolero. Hasta mañana a esta hora, pimpollo.

Errol Norton se alejó presuroso. Encendió un cigarrillo Orlando. Era ya conveniente cambiar de hotel. Podía Norton dejarse tentar y no convenía.

Cenó en su nuevo alojamiento, regentado por un corso. Pasó parte de la noche en un teatro, donde rió mucho con las excentricidades de una compañía de cantores cómicos.

A la una de la madrugada, su fino instinto le advirtió que era seguido. Y sin disimulos.

Una pareja. Ella se apoyaba en el brazo de él. Identificó la esclavina de pieles grises, y la falda larga de escamosidades verdes, al igual que los zapatos también escamosos.

Aquella mujer de cabello castaño y ojos azules, la vió en un palco, en la segunda parte, en el teatro de variedades.

Miró los cabrilleos de neón, indicando que en la calle Lepic, los bares tenían preferencia por nombres mitológicos.

Escogió el «Leda». Era agradable tener un poco de instrucción. Leda, la diosa a la que para amarla, Júpiter se fingió ser cisne.

¿Qué fingiría aquella pareja?

El «Leda» era uno de tantos bares americanizados. Le parecía siempre que beber algo en aquellos locales tan asépticos, tan limpios, daba la sensación de estar en una clínica tomando el yeso antes de pasar tras la pantalla.

Se acodó en un extremo de la barra. Y vio llegar a la pareja. Ella no estaba mal. Unos treinta años, un cutis hermoso, ojos expresivos…

Él era ya un hombre maduro. Sus buenos cincuenta, pero bien llevados. Elegante, sin exageraciones. Correcto, con su gabán de

entretiempo, su bastón, su sombrero de alas levantadas y ribete gris.

Un rostro inteligente. Demasiado.

Se colocó entre ella y Orlando. Y abordó sin ambages:

—No tome a mal mi pregunta, señor. ¿Es usted, por casualidad, italiano?

—Por casualidad, no. Por nacimiento.

—Mi amiga, Evelyn Lemaire, creyó conocerle de vista. Somos lejanos parientes…

¿Lemaire? El mundo resultaba un pañuelo, cuando la gente se buscaba y no era tonta.

Lemaire, el grandullón, cuyo metro noventa fué un buen blanco para los federales, allí en aquel garaje de Tampa.

No tenía hermanas ni esposa. Se caracterizaba por un hondo odio hacia las mujeres. Estaba muerto y descansaba.

—Me llamo Lefebre. Gastón Lefebre —declaró el hombre—. ¿Me acepta una copa?

—Y dos.

Tony Orlando se encontraba a gusto. Abundaban los italianos morenos, y también las mujeres elegantes de cabello pardo obscuro, y ojos azules expresivos, según había descrito el gerente del «Coral Ressort»…

Que era elegante no cabía dudarlo, porque era difícil llevar aquel vestido y aquellos zapatos. En otra, hubiera olido a cupletista.

—Me agrada su sonrisa —dijo ella, de pronto.

—Tengo un muestrario a su disposición —replicó Orlando.

—La que ahora exhibe es amablemente burlona. Parece la plasmación de una irónica seguridad en sí mismo. Como si a usted nunca le pudiera fallar lo que emprende.

—Evelyn es mordaz, pero gentil —intervino Lefebre—. Fue verdaderamente una casualidad. Entramos en el «Vieux Gonze», y me dijo Evelyn que me fijara en usted. Estaba segura de que usted conoció a su hermano Marius.

—He conocido a varios Marius en diversos lugares, ya que mi profesión de viajante me hace viajar. Un resultado de lógica aplastante.

Ella sonrió como si mordiera un limón. No la afeaba.

—Tiene derecho a burlarse de nosotros. Esto de seguirle y buscarle conversación…

—Es París, y somos gente de mundo, ¿no? Esta ronda la pago yo, Lefebre. Permítame, no faltaría más… Cuando unas personas me caen en gracia, correspondo.

—¿Le resultamos graciosos? —Y brillaron los expresivos ojos.

—En el mejor sentido de la frase, Evelyn. ¿Qué tal su hermano Marius?

—Pereció en un garaje de Tampa.

—Lamento haberle suscitado un recuerdo trágico.

—¿Por qué considera trágico morir en un garaje?

—Mucho más que morir en la calle, puesto que es el sino del peatón, y observe que no gasto bromas con la muerte ajena. Sólo con la mía me permitirá reír, pero estaré ya tan viejo, que me rechinará la dentadura postiza.

—Por lo que trato de recordar, no creo haber oído su nombre —sonrió Lefebre.

—Llámeme Charley, o si lo prefiere Tony. Se lleva mucho esto de usufructuar dos nombres.

—Es realmente instructiva su compañía, Tony. Como mujer, tengo algunas prerrogativas, supongo.

—Muchas.

—¿Conoce Tampa?

—De paso. ¿Y usted conoce Hialeah? Es un hipódromo allá por Miami, al sur de Tampa. Todo en Florida.

—Hay poca gente. La vida nocturna en París ha perdido mucho. Estamos casi en familia. Falta uno… tan sólo.

—¿Su hermano Marius?

—No. Un inglés.

—Hay en París cerca de cincuenta mil ingleses en población flotante de constante renovación, según el «Fígaro» de esta mañana.

—El de ayer, ¿lo leyó?

—¿Y usted?

—Estaba en el avión. Me acompañaba Lefebre. Gastón es, como si dijéramos, mi secretario de máxima confianza. Tenía otro, pero murió… también en un garaje.

—Son una peste moderna los garajes, por lo visto. Pero ¿a dónde vamos a parar? Me refiero al cuestionario. Ayer cogen ustedes un avión, y hoy nos tropezamos. El próximo tropezón, ¿dónde?

—¿Se va?

—Y Solo —sonrió Orlando—. Díganme dónde se alojan, y les doy mi verbal promesa de que mañana, a buena hora, ya habré descansado del viaje.

—Nos agradaría prolongar la charla.

—Ésa es mi intención. Mañana… a las ocho, en este mismo bar. Me parece muy bien a mí. Beso su mano, Evelyn. Quedo a sus pies, Lefebre. Por favor, no vuelvan a seguirme. Sería demasiado honor para mí. Buenas noches.

En la calle, Tony Orlando decretó que había algo que no encajaba. Si «ella» concedía tanto valor a una carta que revelaba su identidad, ¿por qué se presentaba a las claras?

Mañana sería otro día, se dijo mientras habiendo comprobado que no era seguido, se internaba por un transversal. Le convenía anticipar su entrevista con Errol Norton. Le estaba oliendo a cadaverina…

El haber nacido corso tenía sus inconvenientes y ventajas. Una ventaja era poder hablar el francés y el italiano, ahorrándose así dos idiomas muy extendidos en el «tráfico».

El inconveniente principal eran las supersticiones. Pocas, pero arraigadas. Y algo le hacía presentir que los supuestos Lefebre y Evelyn, tenían «jettatura». Un mal de ojo que le urgía comprobar. Volvería a reprocharse sus absurdas creencias en presagios, cuando viera vivo a Errol Norton.

Él estaba muy vivo. Pero era Tony Orlando, y el que dijo llamarse Gastón Lefebre, podía ser un secretario inteligentísimo, pero no un «primer premio» en tiro.

Y sabía ya «ella» que para anticiparse con el preciso segundo al gatillo de Tony Orlando, hacía falta alguien muy especializado.

Pero es que la que dijo llamarse Evelyn Lemaire, podía tener el cabello pardo castaño, azules ojos expresivos y ser elegante… No bastaba. «Ella» no hubiera cometido este fallo, a menos que le creyera ya sabedor de su identidad, y quisiera negociar.

Era preciso, sin más dilaciones, llegar a un acuerdo con Errol Norton, que se valió del breve momento en que «Charley Renzio» estaba quitándose de los ojos la aparatosa sangre causada por el balazo de refilón, para huir con la carta arrebatada al lugarteniente Overlock.

En el fonducho del inglés, el portero de noche dormitaba en su

garita, y no le despertó Orlando. Lo bueno de las viejas capitales era que en sus casas sin ascensor, no había tantos pisos como en los rascacielos.

Un segundo piso, un pasillo menos cochambroso que las escaleras. La puerta marcada número once abrió porque la llave entregada por Norton era legítima.

Encendiendo la luz, Orlando sonrió… Volvía a complicarse el asunto. Norton había sido un imbécil al no confiar en él.

De haberlo hecho, no estaría así, cara abajo, manchando la sucia alfombra con pegajoso líquido rojo, muy necesaria para poder llevar a cabo un chantaje productivo.

No le tocó. Bastaba verle las manos y comprender que las venas ya no se marcaban, porque para, empapar de aquel modo la alfombra, era preciso mucha sangre.

Realmente desangrado. No podía ser de otro modo, puesto que aquel profundo corte en la yugular, visto desde un lado, explicaba por qué estaba muerto.

Y hacía ya bastante rato. Tony Orlando no era forense, pero tenía casi tanta práctica como cualquier legista.

Un corte en la yugular. Nada de ruidos. Muy europeo. ¿Las ramificaciones de la «Heroína», permitían a la «jefa» emplear apaches sin pañuelo negro, y a lo mejor, existencialistas?

¿Y también sus medios de fortuna o de persuasión eran tan grandes, que podía emplear una «doble» como cualquier estrella de cine?

Aquel Gastón Lefebre debía saber cosas muy interesantes. Y pensaría que también él, Tony Orlando, las sabía… Una de ellas, que a él, el cuchillo que le llegase a la yugular debería ser lanzado desde lejos, no de tan cerca como a aquel imbécil de Norton.

El registro había sido concienzudo. Hasta habían arrancado partes del papel de la pared, mohoso a trechos. Era lo agradable de la vieja Europa. Tan discreta en sus hoteluchos de quinto orden, que hasta los asesinos podían dedicar horas suplementarias a registrar milímetro a milímetro la última guarida del que sobrevivió a un tiroteo digno de Corea, para venir a hocicar como un carnero en la capital más riente del Viejo Mundo.

Tony Orlando se encogió de hombros. Otro viaje en perspectiva, para visitar a la chica de Norton. «La tangerina».

CAPÍTULO VI

La zahúrda no poseía teléfono. Ni cuarto de baño. La Vieja Europa, en sus barrios antiguos, no poseía la adoración yanqui por el confort. Tony Orlando se sentó en el borde de la cama.

Contemplaba el cadáver. Errol Norton, mientras vivió, había sido un pistolero con bastantes agallas, hasta aquel asunto de Tampa, cuando decidió explotar el contenido de una carta.

Lo habían matado. Y otros dos estarían apuntados en la lista. Él, en sitio preferente.

Y la chica de Tánger. Un error por parte de Norton el haber blasonado de que poseía en Tánger una novia preciosa. Una chica que le merecía toda confianza.

Cabían dos posibilidades: que en el registro hubieran encontrado la famosa carta, y entonces la chica de Tánger seguiría destrozando corazones masculinos.

Que Norton hubiese enviado la Carta a la chica de Tánger, por considerar extremadamente peligroso llevar consigo aquel documento valioso, revelador de la verdadera identidad de «Heroína». Si fuera así, la novia tangerina de Errol Norton estaba tan segura como la mujer que empleó un cartucho de dinamita para encender su fogón.

Pensó en sí mismo. Debían suponerle enterado del contenido de la carta, y deseaban sondearle, hasta encontrar el momento propicio para colocarle en la misma postura que a Errol Norton.

Gastón Lefebre era el elemento persuasivo. Evelyn, ¿era la propia «jefa»? Se inclinaba más bien a suponerla, simplemente, una «doble».

Miró con reproche el cadáver, y expuso en voz baja:

—Así te ves, Norton, por haber sido tan terco conmigo. Me diste

el esquinazo en Tampa y en Miami. Falta de confianza, Norton. Los dos juntos, y a lo menos, habrías tardado más en hocicar.

Se levantó, y al aproximarse a la puerta, adelantó el cuello como si pretendiera oler humana presencia.

Alguien caminaba por el pasillo, y pasó de largo. Se oyó una puerta cerrarse.

Hizo girar la manija, pero no empleó la mano para empujar, sino el pie.

Necesitaba las dos manos, por si había sorpresas. El pasillo aparecía desierto.

Anduvo rasando una de las paredes. Bajando las escaleras, pensó que le daba igual que el conserje nocturno pudiera verle. En aquel «garni», los hombres entraban acompañados, pero salían solos.

Al desfilar ante el portero, éste atendía a una pareja.

En la calle, su muy despierto sentido nada le advirtió. Estaba visto que le consideraban duro de pelar o más inteligente que Norton.

Pero decidió no volver a su alojamiento. Valía más perder el equipaje que la piel.

Lo esencial lo llevaba encima: dinero y documentación.

En un cruce encontró una pareja de mujeres, de profesión evidente. Le sonrieron, y él se aproximó.

—Tengo que cambiar un billete de mil, señoras. Y soy de pueblo. Ando despistado. ¿Serían ustedes tan amables de indicarme a quién debo entregar el billete de mil francos para que me informe de las salidas nocturnas de avión hacia el África del Norte?

Las dos callejeras se miraron entre sí, con naciente rivalidad para ganarse solas el fácil billete.

—Podemos preguntar, ¿no, Lea? —dijo una.

La otra preguntó secamente:

—No hace falta. Ven conmigo, corazón, y enseguida…

—¡No le hagas caso a ésta! Yo puedo…

Las dos se enfrentaron, repentinamente furiosas. La que llevaba un pequeño paraguas, lo agitó elocuentemente.

—¡Escampa o te atizo!

—Te acordarás de mí, Lea; te acordarás.

Y se batió en prudente retirada la otra, mientras Lea seguía agitando su paraguas.

Tony Orlando sonreía divertido. Uno de sus placeres favoritos era comprobar la ausencia de solidaridad femenina.

Lea volvió a colocar el paraguas bajo su axila. Aclaró:

—Ésta te hubiera engañado, corazón mío. Te llevaré a un bar donde el de los billares, tiene un hermano en la línea de aviones. ¿Puedo cogerme de tu brazo?

—Un honor innecesario. Te sigo, Lea. Pero tengo prisa. Toma un anticipo de cien. Entrarás en el bar y preguntarás de qué aeródromo sale el primer avión para Tánger. Pude hacerlo por teléfono a Le Bourget, pero por si el avión tarda en levantar el vuelo, tú misma podrás indicarme dónde encontraré una cama limpia para mí solo. Andando, Lea. Me gusta tu modo de andar.

Sin volverse, andando aprisa, ella comentó:

—¿Conque eres de pueblo, eh? Ya, ya… No me extrañaría que te estuvieran buscando. Tienes cara de pinta, pero eres amable. No está lejos el bar que te digo. Hace esquina allá. No es mi zona, pero si me das los mil, esta noche descanso.

—Novecientos, corazón. No abuses de un provinciano.

Lea rió. Una risa desagradable, chirriante. Aceleró el paso, hasta internarse en un cafetucho.

Tony Orlando se apoyó en una farola. Los pocos transeúntes tenían prisa…

Pasaron minutos, y por fin volvió a salir Lea, que explicó como si estuviera cansada después de un trabajo eficiente:

—Tuvo el chico que telefonear a su hermano. Le tuve que dar una propina. Estás de suerte. El primer avión para Tánger, con escala en Madrid, levanta el vuelo a las ocho de la mañana, en Le Bourget. Supongo que tendrás pasaporte francés, y tendrán que visarlo.

—Internacional, corazón mío, salvo para Rusia. Lo prometido es deuda cuando me indiques la cama limpia.

—No muy lejos. El «Magenta». Agua caliente, baño, radio y calefacción. Te llevo, simpático.

Escondió ella el billete de mil y echó a andar apresuradamente. Ante un umbral discretamente iluminado con luz azul, se detuvo.

—Te evitas inscribirte si subes conmigo. Bajaré enseguida. Te he calado. No eres un «primo».

Él asintió y Lea empujó la puerta, que al abrirse hizo zumbar un

timbre.

—Una habitación de trescientos francos para la noche, patrón. El señor ha de despertarse a las siete, sin falta. Es amigo de mi familia del sur.

El encargado tendió una llave y cogiendo los tres billetes se dirigió a un ascensor. Lea dijo:

—Yo misma, patrón. Buenas noches.

En la caja que ascendía, añadió ella:

—Caen pocos generosos como tú, «mon grand». Es curioso, pero con toda tu sonrisa, me das algo parecido a pánico. Debes de ser de los que si se tercia, pegan como un energúmeno hasta a una mujer.

Fuera del ascensor, replicó Orlando:

—Todavía no he pegado a ninguna.

Ella abría una puerta y expertamente pulsó el conmutador de luces.

Le dejó pasar a él y bostezó:

—¿De veras quieres estar solo?

—De verdad de la buena. Adiós, Lea.

—Adiós. Que tengas suerte, «mon grand». Creo que hará falta.

Cerró la puerta Orlando. Se dirigió al teléfono y llamó:

—… Tome nota, amigo. A las siete en punto, despiérteme. Me gustaría afeitarme. ¿Cuánto vale el servicio de préstamo de instrumentos apropiados?

La voz del encargado, informó:

—… A las siete le subiré lo necesario, señor. A su voluntad.

Durmió Orlando de un tirón, a fondo. A las siete, se encontraba en forma. Pidió un taxi para las siete y media.

Había ya telefoneado a su hotel y sin apearse del taxi le entregaron su equipaje y la factura.

A las ocho menos cinco, en el campo de Le Bourget, le expedían el pasaje, después de anotar las señas de su pasaporte.

En el avión sobraba una sola plaza. Examinó a todos los viajeros. No conocía a ninguno. Gente próspera, nueva aristocracia, la de los negocios más o menos sucios.

Se acomodó y cuando el avión ascendía, desplegó los periódicos. Sólo en uno, había cinco líneas dando cuenta de haber sido hallado misteriosamente muerto un inglés llamado Errol Norton; al parecer, el móvil del asesinato había sido el robo.

Tony Orlando se dedicó unos instantes a filosóficas consideraciones. Cinco líneas en un periódico como epitafio y un hombre menos sobre la tierra.

Pero la columna de natalicios estaba repleta. Ley de compensación. Examinó con aprobativa mirada a la viajera a cuyo lado, estaba el único asiento vacío.

Una rubia suave, etérea, seguramente artista. Ella le miró desdeñosa. Cerró Orlando los ojos.

No estaba para tonterías. Dejó resbalar los periódicos y su vecino tosió.

No tenía ganas de conversación. Recogió sus periódicos y los colocó en la redecilla. Extrajo las dos novelas que había adquirido en el quiosco apenas estuvo en posesión del pasaje.

Examinó las dos portadas y los títulos, indeciso.

Le atraía más: «El Forajido» que «Fuego en el Rancho». Pero en ésta la portada era suculenta. Una pelirroja medio vestida, debatiéndose entre los brazos de un velludo y barbudo rufián.

Se enfrascó en las andanzas de un vaquero perseguido. Dos horas después, dormía a fondo.

Le despertó un tintineo. La aeromoza solicitaba amablemente que los viajeros se ajustasen el cinturón de seguridad.

Madrid. Dos horas de escala.

Comió en el mismo aeródromo. Le gustaría conocer la capital de España, le había dicho la aeromoza.

Pero Tony Orlando era eminentemente práctico. Conocer España, claro que le gustaría, pero con tiempo sobrado y dinero largo.

Tal vez al terminar el asunto pendiente, si lo terminaba bien. La comida le pareció excelente y los camareros mucho más activos y conocedores de su oficio que en otros sitios.

Su plácida digestión se vió turbada por una novedad. La entrada de una desconocida, le recordó a Peggy Gaines. Una buena chica, que le estaría maldiciendo.

La vida era así. Un buen guiso exigía a veces algún plato roto. La desilusión se le pasaría pronto a Peggy Gaines.

En el avión comprobó que ya no tenía vecino, sino vecina. Una señora opulenta que conversaba con un hombre, a través del pasillo. El hombre se sentaba al lado de la viajera que había

respondido con desdeñosa mirada…

La aeromoza sonrió gentilmente, inclinándose:

—¿Le sería muy molesto, señor Renzio, ceder su sitio al caballero que acompaña a esta señora?

—Muy complacido.

Se verificó la mutación y Tony Orlando, sentado ahora junto a la etérea rubia, comentó:

—Hay cambios beneficiosos, indiscutiblemente.

La vecina se limitó a asentir en silencio. Tony Orlando abrió «Fuego en el Rancho».

La abandonó asqueado. Era una buena novela, quizás, pero esto de que un vaquero perseguido, renunciara a disfrutar de miles y se entregase a los rurales por el amor de una chica, no le cabía en la imaginación.

Seguro que después, cuando ya fuera tarde, se arrepentiría el vaquero.

Se dispuso a ver si en «El forajido» las cosas iban desarrollándose más de acuerdo con su modo de pensar.

Colocó el índice entre las páginas veinte y veintiuna y miró a la que sonriente expuso:

—Nunca he leído novelas del Oeste. Deben ser interesantes, a juzgar por su aspecto.

—Compruébelo.

Orlando tendió la novela recién abandonada, que la viajera cogió riendo.

Siguió él con «El forajido», pero ya sin concentrarse. Lo de siempre. Primero desdeñosas y luego ofendidas porque uno no les dedicaba atención.

—¿Qué significa «estampida», señor Renzio?

Tony Orlando volvió a insertar como señal su índice.

—Estampida, es cuando el ganado pierde rumbo y corre alocado, por cualquier caso de pánico. ¿Cómo está usted, señorita Leduc?

—Me llamo Irma Buzenac y no debe asombrarse si conozco su apellido, puesto que se lo oí a la azafata. Además, hay lista de pasajeros. Usted es italiano, ¿verdad?

—De Chicago. ¿Va usted a Tánger o se apea por el camino?

—Tengo negocios en Tánger. ¿Usted también?

—Montones. Me parecía usted una violinista, así tan frágil, tan altivamente lejana. De más cerca, recuerdo que subió usted casi en el último momento allá en París. A lo mejor, tenemos amigos comunes en París. ¿Conoce a un tal Gastón?

—Hay cientos de Gastón por Francia.

—¿Y una damita llamada Evelyn?

—No.

—Es que estaba yo pensando en algo gracioso. Figúrese que a las siete y media sabían en mi hotel que pasaría a recoger mi equipaje. Pudo también saberlo Gastón y enviar a otro a Evelyn. No, usted no conoce a Gastón, acaba de decirme, ni tampoco a Evelyn.

—Tanto leer novelas de aventuras, le tiene un poco trastornado, posiblemente. Casi pretende que yo, enviada por un desconocido Gastón, le estoy siguiendo, señor Renzio.

—Siguiendo, no. Pero estamos juntos, provisionalmente. ¿Le espera alguien en Tánger?

—Mi tienda de Sheagguin.

—¿El barrio judío? ¿Tienda de arpas y harmoniums?

—Modas.

—Debo parecerle muy idiota, pero es que mi viaje es de riguroso incógnito y veo indiscreciones por todas partes.

—¿Tan célebre es usted?

—Horrores.

—Habla usted un francés excelente, pero con acento americano.

—Adivine de dónde.

—Dijo usted que era de Chicago. ¿El Gastón al que usted se refiere es quizá un caballero también residente en América; y que se apellida Lefebre?

—El mismito. Ya vamos mejor orientados, Irma.

—Gastón Lefebre, sabedor de que regresaba a Tánger, me dijo que si por casualidad encontraba a un guapo mozo llamado por igual Charley que Tony, le ofreciera la adquisición de una carta. Parece ser que en cierto registro, encontró alguien en un bolsillo de un inglés, que también residió en América del Norte, un papel, donde estaba escrito que cierta carta había pasado a manos de Charley Renzio o Tony Orlando. A las ocho menos cuarto vino a visitarme Lefebre y mientras me llevaba al aeródromo, me dijo que el hombre colocado frente a su alojamiento, Charley-Tony, le siguió

a usted hasta Le Bourget. Como ve, hablo concisa y claramente.

—Da gusto. ¿Le ha informado Lefebre de quién soy?

—Nada en absoluto. Sólo sé que usted posee cierta carta, que vale mucho dinero.

—¿Y debería entregársela a usted?

—Oh, no… Sólo decirme cuánto quiere por ella.

—Meditaré. ¿Y cuando le diga el precio, a quién irá usted a pedirle los billetes?

—Un radiograma a Lefebre.

—Ya… ¿Y por qué no fué tan sincera desde un principio? Contestaré yo. Si no me hubiera dejado Llevar de mi descortés desconfianza, usted, al bajar de este avión, aparentaría ser una más en la larguísima lista de mis admiradoras. Enviaría un radiograma a Lefebre, o un telefonazo a cualquier degollador barato de Tánger.

—Baje… un poco la voz, que pudieran oírnos. Por favor…

—Le estoy casi soplando en la mejilla, Irma. Voy a presumir de cierto golpe de pupila. Tanto usted como Evelyn, me dan la sensación de haberse metido en un pozo cuya profundidad ignoran.

Parecía como si el haber revelado su propósito, aliviara la tensión de Irma Buzenac, que encendió con pausados ademanes, excesivamente comedidos, un cigarrillo.

Ironizó:

—Según Lefebre, es usted alguien temible, muy difícil de tratar. Yo ignoro sus antecedentes, Charley-Tony, pero me interesa hacerle constar que soy simplemente un portavoz de Lefebre, e ignoro por completo la profundidad del pozo a que alude. Él se limitó a decirme que usted poseía una carta, por cuya devolución está dispuesto a pagar una cantidad razonable. Si usted accede a venderla, hágamelo saber en cualquier momento a esta dirección.

Sacó ella de su bolso un billetero, del que extrajo una tarjeta. Tony Orlando rió al cogerla.

—Persisto en que usted no sabe por dónde anda en este negocio. ¿O me equivoco?

—Por sus trazas, le juzgo muy conocedor de mujeres.

—Las conozco tanto, que sólo sé que no sé nada de ellas.

Echó una ojeada a la cartulina. Un dibujito de buen gusto, con una orla en una esquina, e iniciales entrelazadas. En el centro:

MODAS IRMA

Y abajo, la dirección:

Gibraltar Street, 66

—Una tienda con vivienda en el Sheagguin, vale hoy un dineral.

—La heredé antes de que Tánger se convirtiera en lo que es hoy.

—¿Y qué es hoy?

—Un termómetro del miedo, un trampolín de aventureros de las finanzas de todas clases…

—¿Drogas, por ejemplo?

Ella no pudo dominar un respingo. Pestañeó mirando al que sonriente, añadió:

—¿Las vende o las consume, Irma?

—Es usted irritante con su falsa amabilidad.

—Una respuesta muy femenina, que nada dice. En fin, hice una pregunta cuya respuesta no me urge. Una de dos: o usted es un peón más en el tablero de la organización o Lefebre la emplea por la misma razón que empleó a Evelyn. Porque puede valerse del secreto que revelan a ratos las pupilas de Evelyn. Hice un estudio sobre esto, por curiosidad, hace años. Las personas que se aficionan neciamente a este falso paraíso de las drogas, pasan súbitamente de estados de agresiva mordacidad a plácida calma. Se refleja su vicio en sus pupilas dilatadas, en repentinos espasmos nerviosos… Lamentable.

—¿Qué… deberé comunicar a Lefebre?

—Un consejo, nena. Tómelo como le de la gana. Apártese de este asunto, porque la cosa arde. Ha citado usted a un inglés, que según Lefebre llevaba en su bolsillo un papel declarándome poseedor de una carta, que es todo un *as*. El inglés no se dejó registrar tan fácilmente, no. Tuvieron que segarle el cuello. Apártese del asunto, nena. Y ahora, tanto gusto y todo esto que se dice. Nuestra relación ha terminado. Dígale a Lefebre que yo sólo trato con él o con la «jefa». Bien, bien… ¿Dónde estaba yo? Ah, sí… Cuando el chico escapa a uña de caballo, perseguido por un *sheriff* que es su propio hermano. ¡Pasa cada cosa en este mundo!

Y Tony Orlando se abismó plenamente en las incidencias de la novela de vaqueros.

Irma Buzenac adquirió la convicción de que su vecino de butaca y viaje, no era el conquistador risueño que parecía a la primera

ojeada.

Abundaban por Tánger individuos dotados de aquella seguridad en sí mismos. Lobos bien vestidos, correctos, amables… pero duros como el pedernal, guiados por impulsos codiciosos, teniendo por meta turbios negocios de cifras fabulosas, las que eran justificación de que no se detuvieran ni ante el crimen.

No supo por qué, cuando hubo transcurrido bastante tiempo, tocó a Orlando en el antebrazo.

Cerró Orlando la novela, declarando:

—No me gusta. Resulta que el chico es un rural disfrazado de forajido. Este truco está muy visto. ¿Qué le sucede, nena?

—No tardaremos en llegar.

—Lo celebro. ¿Y usted?

—No sé por qué le advierto, pero no creo tenga que arrepentirme. Gastón Lefebre me reiteró un consejo. Que yo, por todos los medios, lograse apenas abandonáramos el avión, llevarle a usted al «Minza», del Pequeño Sokko. ¿Lo conoce?

—No.

—Es un local dividido en cuatro: café español, «*music-hall*» francés, bar inglés y café moro. Yo debía hacerle creer que estaríamos en pleno tipismo, tomando una aromática infusión mora, y ya en el interior del local moro, cuando aparecieran dos individuos vestidos a la europea, pero llevando un *fez* de astrakán gris, dejarle a usted con una excusa femenina, de ir un instante al tocador. No sé por qué le estoy explicando todo esto…

—Porque usted no es de la calaña de Lefebre y sus esbirros de gorro gris. Iremos al «Minza», nos sentaremos en el café moro y cuando entren los del astrakán gris, auséntese, Irma.

—Pero… ¿no comprende que posiblemente…?

—Usted habrá cumplido y no se apure, que yo sabré componérmelas.

Bajo el avión acababa de huir en el crepúsculo la línea costera de Algeciras con su bahía protectora y la altura de Tarifa.

La triple hélice abría el aire hacia la Constantinopla africana, hacia los misterios del Gran Bazar, hacia la ciudad blanca de fachadas, muy densa de obscuras tinieblas en su interior: Tánger.

Irma Buzenac susurró:

—La policía internacional, cierra los ojos, cuando entre sí se

devoran los lobos, Tony.

—Muy bien hecho. Así hay más pastos para las ovejas.

—He querido decirle que en el café moro del «Minza»…

—Ya… Que si hay ensalada de tiros, nadie se inmiscuye, hasta que acaba. Como debe ser. Usted es una buena chica, Irma y lo será más, cuando haga un valiente esfuerzo.

—¿Cuál?

—Es usted bonita, joven y al parecer con buenos billetes. Elija otra manía: arruínese en el juego, vuele de amor en amor… pero apártese de la droga. Ésta sólo beneficia a quien la vende.

—No sé por qué se figura que yo…

—Si Lefebre manda en usted, sólo puede ser por las dos razones que he expuesto. Prefiero creer pues que usted consume ese puerco veneno. No hará mucho, ¿verdad? Hay todavía limpidez en su cutis y pocas variaciones en su sistema nervioso. Bueno, allá usted, nena. Ya somos mayorcitos. Nos hemos conocido en un avión, volando, aves de paso… No creo que nos volvamos a ver, si usted ha jugado limpio conmigo. Y es mi más ferviente deseo.

Ella rió nerviosamente:

—Es poco galante lo que acaba de decir, Tony. ¿Cuál es su más ferviente deseo? ¿Que yo haya sido sincera, o no volverme a ver?

—Las dos cosas. Nada puede usted ganar con volverme a ver.

La aeromoza cortó el diálogo. Recitó cantarina el ruego de ajustarse los cintos. El avión iba a aterrizar.

CAPÍTULO VII

—Los tangerinos lo llaman el «Morisco» —fué explicando Irma Buzenac en el taxi, que llevaba los equipajes—. Tiene una extraña estructura, que los franceses llaman «pigeonier». No son exactamente reservados vulgares, sino huecos sin puertas, muy confortables, tapizados, con muchos almohadones… No lo puedo negar, estoy muy inquieta.

—Los del *fez* gris no actuarán hasta que usted se aparte. No se preocupe por mí. Yendo sobre aviso, valgo por varios *fez* de astrakán. ¿Quiere hacerme otro favor? Dejaremos el taxi aguardando donde usted le indique y me conserva el equipaje hasta que vaya a buscarlo a su tienda de modas. Esta calle baja endiabladamente.

—Conduce a los Sokkos.

—Un olor agradable. No sé si es a canela o a jazmín.

—El café turco y también el cuero repujado huelen… ¿Por qué no renuncia y se va?

—¿A qué he de renunciar?

—Lo ignoro concretamente, pero sé que Lefebre lo considera un peligroso estorbo.

—¿Conoce a los dos que han de darme la bienvenida en nombre de Gastón Lefebre?

—No: supongo que serán «proveedores».

—Que interesados en seguir beneficiándose con el reparto, me considerarán también un peligroso estorbo. Sin embargo, a mí no me importa la banda, sino la «jefa». ¿Es usted?

Irma Buzenac se limitó a encogerse de hombros. El Taxi se detuvo.

En la fachada del «Minza», las columnas y arcos, fingían

arabescos de falso palacio morisco. Un portero argelino, con atuendo apropiado, chilaba, tarbo, ancho calzón y desnudas piernas, calzado con babuchas, abrió la portezuela del taxi y saludó a usanza moruna.

Irma Buzenac señaló una dirección para esperar al chofer y seguida por Orlando, penetró en el departamento del «Minza», donde algunos turistas se sentían transportados a orientales paraísos.

El decorado era apto a sugerencias. Mosaicos de vivos colores, surtidores, arabescos, abundancia de escabeles y mesitas bajas, profusión de alfombras, tapices y almohadones.

Pero Tony Orlando no era un turista en vacaciones. No examinaba objetos y personas con mirada de ocioso acumulador de recuerdos de viaje, sino con la rápida ojeada del que sabe que está inscrito en lista fúnebre.

Irma Buzenac se acomodó en uno de los huecos, y un silencioso camarero se alejó.

—Confortable y discreto como un paraíso artificial —comentó Orlando, eligiendo el sitio cuidadosamente.

Veía enfrente otro hueco parecido, sólo velado por el tamiz líquido de un débil surtidor. Se instaló esquinado, añadiendo:

—He visto fumaderos bastante parecidos allá, sólo que menos frescos. ¿Qué dulce veneno nos va a traer el mozo?

—Café turco. Dicen que es mejor que el brasileño.

El camarero acudió, dejando unas tacitas y un ventrudo jarrito sobre la baja mesita. Recogió prestamente el billete que tendía ella y se marchó con discreta rapidez.

—Dulce rincón para enamorados. Oiga, cuando quiera empezar la cura de desintoxicación, avíseme si estoy a tiro. Valgo más que una maldita droga que… Bueno, no se ponga nerviosa y no mire así. Ya he visto pasar a los dos compadres del *fez* gris. Tanto gusto y hasta pronto. No lo diga… Se lo agradezco, pero no quiero oír frases de condolencia. Iré por mi equipaje. Ande, ahueque, nena.

Irma Buzenac se levantó y con intensa fijeza miró a Orlando, mientras bebía un sorbo de café. Orlando sonrió amablemente… y ella tuvo la certeza de que los dos asalariados que había destacado Gastón Lefebre, iban a tener un trabajo arduo.

Se marchó, y Tony Orlando alzó la vista. Aquellos huecos tenían

un enrejado en lo alto de los dos tabiques laterales y oyó perfectamente los leves ruidos del compartimiento anexo.

¿Qué esperaban? ¿Seguirle cuando saliera? ¿Dispararle con arma blanca allí dentro?

El enrejado no permitía el paso de un cuchillo, pero sí el de un cañón de automática.

Reflexionó, sin apartar los ojos del enrejado. Si le suponían poseedor de la carta por la que había muerto Errol Norton, ¿a qué atribuían su presencia en Tánger?

¿Estaba en Tánger la «Heroína»? ¿O creían que le era necesario establecer contado con la novia tangerina del difunto? ¿Norton?

Le gustaba el problema, porque suponía resolver incógnitas a base de anticiparse por segundos a los demás interesados. Todo el problema giraba alrededor de la carta.

Si la hubieran encontrado en poder de Norton, no estarían tan preocupados por sus pasos. Suponían, pues, que él la tenía. Sí, era muy posible que Norton llevase encima una declaración comprometiéndole a él, para descartar a su «chica».

Sonrió Orlando. Querían matarle por una carta que no poseía. La vida tenía cada golpe…

Se puso en pie. Las esperas le enervaban. Hizo ruido, apartando innecesariamente un escabel. Oyó el tenue rumor de unos pasos y se preparó, adoptando la postura napoleónica.

La diestra en cabestrillo. Apareció uno de los dos vecinos. Era enjuto, moreno, casi un adolescente. Resultaba fotogénico con su bien cortado traje europeo y su *fez* de astrakán gris.

Tras él se hizo más ancha la figura corpulenta de su menos fotogénico acompañante.

Tony Orlando, en pie, arqueó las cejas interrogante.

Habló el joven un inglés gramaticalmente perfecto, algo absurdo…

—Ruego me excuse, señor, pero hemos visto salir de aquí a una señorita conocida. Mi compañero Said Othman y yo, somos periodistas. La señorita Buzenac fue a París y dos dijo que a su regreso vendría con un conocido diseñador americano.

—Yo soy —replicó, amablemente, Orlando.

Una expresión de asombro brilló unos instantes en los negros ojos del que llevaba la voz cantante. Intervino tras él, Said Othman.

—¿Es usted Thomas Jensen?

—El mismo. Tomen asiento, y sigan preguntando. ¿O prefieren continuar el reportaje en otro sitio?

Said Othman avanzó y su compañero perplejo, inquirió:

—¿Es su primer viaje a Tánger, señor Jensen?

Tony Orlando se reclinó contra la pared, al fondo. Dijo con elaborada lentitud:

—Estáis los dos para una foto, y estallará el magnesio tan pronto deje de ver una de vuestras manos. Mientras estén a la vista vuestras manecitas, siga la comedia. Tú Said, ya estás como querías. Me cierras el paso. En cuanto a ti, mico bonito, deja en paz tu corbata. Vosotros dos tenéis de periodistas lo que yo de modisto. Huelo al granuja a una milla…

Said Othman roncamente, apremió:

—Siéntate, Larbi. Nos hemos equivocado. No es el señor Jensen.

Se sentó el interpelado, que al igual que Said Othman parecía fascinado por la mano invisible bajo la solapa izquierda, del que adosado a la pared del fondo, sonreía amablemente.

—Ya me supuse que apenas bajase del avión, Lefebre me mandaría embajadores. A lo mejor hasta la modista que me parecía una conquista más, está en el ajo. Al menos, la conocéis, ¿o es que su casa de modas es famosa? Lo dicho… Mientras no mováis los dátiles, todo irá suave. ¿Conque de la Prensa?, ¿eh?

—Sufre usted un error —dijo con dignidad aparente Larbi, aunque su rostro brillaba de sudor, pese al fresco ambiente.

—Puede que sí, puede que no. Pero el truco, ¿en qué consistía? Seguramente en ponerme confiado. ¿Tan incauto me supone Lefebre? ¿O es que os valoró en más de lo que dais en la báscula? Hablemos claro, por favor. Os lo suplico. Conmigo tiene la vida segura el que corresponde a mi sinceridad. Haré una sola pregunta, y la contestarás tú, Said, que eres más viejo. Si me contestas que eres periodista, saldrás en los periódicos, en la columna de sucesos. Puede que yo sea un fanfarrón. Hagamos la prueba. ¿Eres periodista, Said?

El corpulento oranés tardó un instante en denegar con la cabeza. Se acentuó el tono amable de Tony Orlando.

—Todos tenemos que ganarnos la vida, Said. Y seguramente con el mismo cifrado comercial con el que Lefebre os hace saber cosas

referentes al reparto de la mercancía, os ha comunicado que yo supongo un gran peligro para vuestro negocio. Cierto que puedo hundir la organización porque tengo una memoria de elefante, y me conozco todos vuestros trucos. Los escondites bajo las solapas, en la corbata, en el lazo del zapato, bajo el falso paladar de una dentadura postiza, en el cuello de la camisa, donde se inserta la tirilla de celuloide, en el tubo de aspirina colocado en el legendario escondite presidiario anatómico y escatológico… y recuerdo también los nombres de algunos repartidores aquí. Pero no me importáis vosotros. Podría hundir toda vuestra organización, pero no me interesa. Le diréis a Lefebre que le conviene tratar directamente conmigo y no enviarme idiotas con pretensiones de engañarme. ¿Sé lo harás saber así a Lefebre, Said? Contesta inteligentemente, Said, por favor.

Said Othman asintió silenciosamente. Desde un principio, él y su acompañante, parecían deseosos de mantener alejadas las manos del cuerpo.

Tony Orlando mostró la diestra, para tocarse a golpes de yema el pecho.

—Miradme bien, pimpollos. Estoy siendo muy amable, porque es nuestra primera entrevista. Os prometo, que si en la segunda pensáis mejorar la presente, lamentaréis haberme tomado por tonto. Ahora se presenta un pequeño problema. Me cierras el paso, Said. Te lo ruego. Ponte en pie y coge del brazo a tu juvenil aprendiz de asesino. Iréis delante mío hasta la calle. Si acaso hay alguien esperando, id entonando el cántico adecuado, porque caeréis primero.

—Nadie espera —gruñó Said Othman, que en pie, vuelto de espaldas a Orlando, asía del brazo a Larbi, cuyo nervioso temblor era perceptible.

—Mejor para todos. Cuando estemos en la calle… no eches aún a caminar, Said. Comprendo que estés deseoso de largarte, pero debiste meditarlo antes. Adelantarás con calma los pies, cuando de el aviso. Os decía que cuando estemos en la calle, seguís andando hacia la derecha. Yo me iré por la izquierda y mañana será otro día. Si Lefebre es razonable, yo estaré a su disposición en el vestíbulo del «Cuatro Naciones», a partir de las diez de la mañana. Si os vuelvo a ver, haré como en la novela de vaqueros. Dispararé

primero y después os preguntaré por la salud. Da una cabezada si estás de acuerdo conmigo, Said. Gracias, veo que eres comprensivo. Ventajas de ser un granuja internacional. Andando, pimpollos.

Los dos norteafricanos echaron a andar como dos amigos muy unidos física y moralmente. No miraban hacia atrás. Comprendían por que el radiograma cifrado comercialmente, que desde París remitió Gastón Lefebre decía, una vez traducido mediante el código que variaba frecuentemente:

> «Pasajero avión llegado seis tarde hoy, debe ser retenido hasta mi llegada, facilitando identidad Irma y siendo necesario método ingenioso por tratarse individuo extremadamente difícil. Retenedlo lugar seguro y habitual hasta mi llegada avión siguiente».

En la calle, apremió Orlando:

—Lo dicho. Sin volver la cara, y andando, pimpollos.

Said Othman detuvo por el brazo a su satélite. Sin volver la cabeza, dijo:

—Le comunicaremos a Lefebre que a partir de las diez de la mañana, estará usted en el vestíbulo del «Cuatro Naciones».

—Muy bien pensado. Esperaré sólo una hora. Y por favor, no vengáis vosotros. El mutuo disgusto ha sido ya suficiente. Última advertencia: si me rondáis los pasos, os diseñaré un modelo que se lleva mucho para estirarse sobre una mesa de mármol antes de la autopsia.

Said Othman y Larbi fueron alejándose codo a codo hacia la plazoleta de los Bazares, mientras Tony Orlando esperaba unos instantes, antes de atravesar la calle.

Llegó a la otra acera, apartándose del halo de luz de la farola. Su instinto le avisaba que los dos «hombres de acción» no renunciarían a encontrarle, pero empleando otro procedimiento más eficaz.

Tendrían «indicadores» en bares, locales de diversión y hoteles. Le describirían hasta encontrar su pista.

Hasta entonces la «pieza» se burlaba de los cazadores. En cierto modo, era lógico. Los profesionales habían caído en el garaje de Tampa.

Los que quedaban eran aficionados, gente de poco empuje, apta para degollar a un Norton.

Él era de la clase selecta. Un buen lugar de observación aquel umbral entre dos cafés.

Típica mezcolanza de razas la que desfilaba por las aceras, siendo plasmada un instante por la luz callejera y de los locales.

No aparecían los del astrakán gris. Sonrió Orlando. Los imaginaba colgados de sendos teléfonos, describiéndole, prometiendo el oro y el moro, tan pronto algún «indicador» le identificara.

Repartir drogas suponía tener amplios conocimientos en los clásicos y estratégicos puestos: *cabarets*, hoteles, bares…

Seguramente alguno de los que pasaban, tendría el bolsillo del pantalón donde llevaba la mano, agujereado. En caso de alerta, es decir, aparición de inspectores de la Represión del tráfico de Tóxicos, bastaba abrir la mano y el paquetito caía a tierra, mientras seguía andando inocentemente el que ya podía ser registrado.

El casco blanco de un policía inglés se aproximó y Tony Orlando le tomó la delantera. La Ley le protegía las espaldas…

Dobló la esquina, y en el bordillo, alzó la mano. Un taxi se arrimó.

—Monte, calle Ifach, cuarenta y seis —dijo Orlando en francés, una vez instalado.

El taxi arrancó.

La «chica» de Norton vivía en el número sesenta de la calle Ifach. Lo sabía de buena tinta «Charley Renzio».

Un nombre bonito. Suzanne, Obligaba a poner los labios mimosos, y sonaba a buen aperitivo. No sabía si era rubia, morena o pelirroja. Debía ser hermosa, a juzgar por la devoción que inspiró a un marrullero misógino como lo era Errol Norton.

¿Habría hablado ya Norton a Suzanne de «Charley Renzio» y Tony Orlando? Le pareció que sería más fácil convencer a Suzanne, que a Errol Norton, y más después del final del terco que no quería compartir la bicoca de la carta extraída del bolsillo del cadáver de Overlock.

Resultaba casi absurdo de tan evidente. Desde Tampa a Miami, desde Miami a París, y a Tánger, para poder leer una carta, por la que querían eliminarle y que debía guardar una muchacha llamada

Suzanne, a la que no conocía.

Y a lo mejor era verdad lo que Errol Norton le dijo en Tampa. Parecía una mentira, y a lo mejor era la escueta verdad. La carta que revelaba la identidad de la «Heroína», juró Norton haberla remitido a Tánger, dentro del forro de un estuche, a su «chica» Suzanne.

Así creyó salvaguardarse, y a estas horas estaba ya enterrado. Pagó, apeándose delante del número 46, en la aireada calle del barrio Monte.

Zona exterior, casi residencial. Muchos fruteros tenían allí sus residencias y despachos.

El número 60 demostraba que Norton no mentía. Planta baja y un piso. Un arco de bombillas en la planta baja, trazaba en filiforme caligrafía:

CHEZ SUZY

CAPÍTULO VIII

Tony Orlando no lo meditó mucho. Abundaban los «Chez…» por todos los rincones del Universo. Daba una sensación de sucursal parisina. Si la *Eva* en que Norton depositó toda su confianza estaba en peligro, no lo estaría más ahora.

Y podía ser verdad que Norton sólo hubiera revelado la existencia de Suzanne a los que estaban fuera de combate, al perderlo en el garaje de Tampa.

Bajo el arco luminoso de la entrada, la puerta de cristales abría a un pasillo nada original. Lo de siempre. Guardarropía y dos tableros con fotografías.

Se aproximó a uno de los tableros, porque se destacaban las letras «SUZY» en un cartelito sobre cuatro fotos.

A su lado, un individuo con «frac» profesional, esperó. Tony Orlando dedicó especial atención a las cuatro fotos de la «chica» de Errol Norton.

Valía la pena. Unos inmensos ojos azules, aptos para technicolor. Una naricita fina, una boca carnosa, algo grande, lo cual no era defecto, según en qué rostros. No lo era en aquél.

Las fotografías en color destacaban una tez muy blanca. Casi lechosa. Los bustos encajaban gloriosamente en los cuatro distintos vestidos de noche. Fotos de medio cuerpo: por lo tanto, cantante, no bailarina.

Y cantante propietaria, dado el rótulo luminoso.

Apartó la vista a disgusto. El *maître* inquirió:

—¿Una mesa cerca de la pista, señor?

Gente hábil aquélla. Políglota. Pero se había confundido. Él no era español, sino italiano. Y en cambio el *maître* era inglés.

Asintió Orlando en silencio. La música, hasta entonces lejano

rumor, se trocó en estallido al girar el pasillo, y abrir el que le precedía otra puerta.

Una sala también corrientemente vulgar. Y el empleado, tal vez por orgullo profesional, juzgó necesario advertir:

—La cena espectáculo empieza a las ocho, señor.

—En inglés nos entenderemos mejor, amigo. Resérveme aquella mesa, junto a la escalera. Y por mí, que no se fatigue la orquesta. Coloque dos copas en la mesa.

—¿Dos servicios, señor?

—Dependerá de si ella cena en la Sala. De momento coloque dos copas. En una, un vino seco, cualquiera. En la otra, lo que más le guste tomar a Suzanne. Un calmante, mejor.

—Al instante, señor.

El hombre se alejó presuroso, y Orlando se fué a sentar. El local con dos solitarios concurrentes, uno en cada esquina, hacía resaltar la ingrata frialdad en que desgranaba sus talentos el cuarteto.

El *maître* no fué a ordenar las consumiciones pedidas, sino que llamó en la puerta de las dependencias privadas, propiedad de Suzanne.

—Adelante —invitó ella.

Estaba invisible en el otro cuarto. Desde la antesala, el empleado informó:

—Acaba de venir un cliente que desea invitarla, Suzanne. No me atreví a decirle que usted no alterna, porque puede que sea un conocido.

—Usted conoce a mis conocidos, Jack, y son pocos.

—A éste no le conozco. Habló como si tuviera derecho a ser recibido como amistad por usted. Dijo algo extraño. Dijo que pusiera dos copas en su mesa, junto a la escalera particular. Y en su copa de usted, Suzanne, un calmante. Es americano, aunque por su aspecto parece español o italiano.

—¿Americano? Vuelva a la sala, Jack. Sírvale al americano lo que pida, y coloque otra copa. Iré a ver de que se trata.

Tony Orlando examinó al trasluz el vino jerezano. El camarero enviado por el *maître* se retiró, dejando otra copa vacía.

El cuarteto atacó con brío digno de mejor causa, un pasodoble.

Los otros dos clientes, parecieron animarse un poco al aparecer Suzanne.

Era comprensible que un misógino como Norton tuviera tanto afán por compartir sus ganancias con aquel prodigio de mujer, fué pensando Orlando, viendo acercarse la plasmación viva de las cuatro fotos.

Alta, lo disimulaba por la esbelta solidez de su línea, incurvada, en los adecuados espacios. Moldeada sin exageración en la funda de tejido azul obscuro, era del tipo «llenito», predilecto de Tony Orlando.

El largo cabello rubio tenía reflejos cobrizos. Otro detalle estético a su favor.

No llevaba maquillaje. Una originalidad en aquel local vulgar.

Y fué también original que Orlando, se pusiera en pie. No tenía esta costumbre ante propietarias u «gerentas» de *cabaret*-restorán.

Ella miró primero la copa vacía. Y su voz era dulce, hecha para pronunciar palabras tiernas y cantar la alegría de vivir, no para discutir acerca de un chantaje.

—Soy Suzanne, y me ha hecho usted el gran honor de invitarme a un calmante.

—Una confusión. El calmante lo voy a necesitar yo. Oiga… Alguna que otra vez, se me ha ocurrido pensar en cómo describiría a la mujer soñada, para que me la enviaran certificada. No atinaba, y ahora ya sé cómo es. Cabalmente usted. Da la sensación de antigua, de clásica mujer de hogar que…

Ella miraba con frialdad, desdeñosa la boca. Orlando se interrumpió para sentarse, diciendo:

—Después hablaremos de esto. No se vaya, por favor.

—Está usted sobrio. ¿Tiene éxito con esta táctica en otros sitios?

—Siéntese, Suzy. Le conviene. Me envía Norton.

Ella no se sentó. Otras veces habían estudiado su rostro del mismo modo, pensó Orlando.

Con recelo, con desconfianza.

El cuarteto se animó, porgue entraban varias parejas juntas. Una etapa de Agencia Coot, seguramente.

—¿Quién es Norton? —inquirió ella.

—Errol. Inglés, ya maduro, unos cuarenta y pico, y íntimamente muy viajero. Desde un garaje de Tampa a Miami, desde Miami a París… y yo vengo en su lugar. Me gusta desvanecer errores. No soy de la policía. Eche un vistazo a esta carterita. Piel legítima de

becerro.

Sobre la mesa quedó la carterita, y ella, sentándose, la cogió. Una hoja de mica transparentaba una cartulina con la foto y nombres del «viajante» Tony Orlando.

Al reverso, un carnet de chofer extendido en Miami a «Charley Renzio».

Ella cerró la carterita como si repentinamente la piel quemase. Miró agresiva, y dijo inesperadamente:

—Es usted uno de los pistoleros indecentes con los que se ha comprometido Errol Norton. ¿Que busca aquí, Orlando o Renzio? ¿Por qué le envió aquí Errol Norton?

—Vayamos por partes. ¿Le tenía mucho cariño a Norton?…

Ella tardó unos instantes en asimilar la sugestión. Fué trágica la mueca de su boca temblorosa, y el rápido pestañeo.

Tony Orlando adelantó el busto, y sin darse cuenta, empleó la misma frase que se dedica a un crío que va a llorar.

—Vamos, vamos, no sea majadera. Las lágrimas estropean los ojos. No hay que llorar.

Añadió, menos compasivo:

—Al fin y al cabo, debía usted suponer que Norton no acabaría normalmente.

Ella se levantó, y presurosa penetró por la cercana abertura de escaleras, subiéndolas.

Tony Orlando bebió un sorbo de jerez. Una mujer bonita necesita estar a solas para llorar.

Por lo visto, se querían mucho aquellos dos. Él, sólo pensando en ella. Y ella, trágicamente conmovida al enterarse que había muerto.

En la pista, las parejas de turistas, bailoteaban animadamente. Debían ser suizos, porque ellas vestían grotescamente, peor que las alemanas.

Una de ellas era del tipo «llenito», pero no poseía la gracia inefable de Suzanne. Un nombre francés, pero ella hablaba un inglés netamente británico como Norton.

Casi de escuela de pago.

El cuarteto había variado de ritmo una docena de veces, cuando ante Orlando, volvió a sentarse Suzanne.

No llevar maquillaje era una ventaja en casos como aquél. Las

huellas del llanto se limitaban a enrojecer levemente los párpados.

—Si llego a saber que le tenía tanta ley a Norton, le hubiera anunciado el asunto con más rodeos.

—¿Cómo… ocurrió?

—En París, anoche. Lo degollaron.

Ella cerró los ojos, y Orlando añadió:

—Usted sabe por qué, y ésta es la razón por la que he venido. Ahora, viéndola, más que nunca quiero evitar que también le corten a usted la garganta de ruiseñor.

—¿Quiere venir a mis habitaciones? No quiero que nos puedan oír.

—Excelente discrección.

Ella hizo una señal, y acudió el *maître*.

—Si piden que cante, Jack, dirá que estoy indispuesta.

Subió las escaleras, y tras ella Tony Orlando se reprochó no sentir lástima, sino un sentimiento muy diferente.

El pasillo al final del rellano, era británicamente aburguesado. También era poco cabaretero el saloncito en el que ella, sentándose en un sofá, invitó:

—Considérese en su casa, Orlando. ¿O prefiere que le llame Renzio?

—Tony suena mejor. Así me gusta. Hay que encajar los golpes. ¿Le habló de mí, Norton?

—Cierta vez dijo que de todos los granujas que había conocido, era el más temible… usted.

—Ya que era tan sincero con usted, pudo haberme dicho que usted era un monumento.

—No se confunda, Tony Orlando. He recobrado mi serenidad, y si le he invitado a hablar a solas, es porque… pese a todo, quiero vengar la muerte… y usted puede ayudarme.

—Toma y daca —sonrió Orlando—. Más o menos sé quien mató a Norton. No me refiero al cuchillo, sino al que lo ordenó. Es una mujer. Precisamente la mujer en cuya banda estaba enrolado Norton.

—¿Por qué le envió Norton aquí?

—No me envió. Había una carta cuyos beneficios debíamos compartir. Beneficios enormes, si se sabe manejar el asunto. Usted no sirve.

—Trato de comprenderle… y no lo logro.

—Escuche, nena. Soy yo ahora quien le suplica que no me confunda. Soy amable y servicial, pero no juegue a la ingenua conmigo. Lo peor es que son todas ustedes tan endiabladas, que parecen ángeles y luego despierta uno en el infierno, y viceversa. No vaya ahora a decirme que ignora los negocios a que se dedicaba Norton. Precisamente él juraba que era usted la única chica del mundo en quien confiaba.

—Sólo me decía de sus viajes que pronto ganaría el suficiente dinero para podernos retirar los dos… a Inglaterra.

—¿Sí, eh? No me ofendo fácilmente, pero según de quién provienen los elogios, sí. ¿No me dijo antes que yo era el indecente pistolero granuja y demás, según Norton?

—Me dijo que estaba llevando a cabo un asuntó de contrabando de armas para un estado sudamericano. Un asunto largo… No quería que yo siguiera regentando este local.

—Cuénteme su historia, y según me la cuente, yo corresponderé. Ande, empiece. Le advierto que los mismos procedimientos que tuvieron éxito con Errol Norton, están intentando aplicármelos… y por carambola a quien parezca estar en alianza conmigo.

—No me importa. Quien hizo matar a…

Volvió ella a compendiar en sus ojos inmensa tristeza.

—Vamos, vamos, nena. ¿Dónde ha escondido usted la carta?

—¿Qué carta? No le estoy mintiendo.

—Puede que sí, puede que no. Escuche y decida. En un garaje de Tampa, los agentes federales se cargaron al resto de la banda. Norton cogió del bolsillo de Overlock, el segundo de la jefa, una carta, que sabía que contenía detalles reveladores de la personalidad de la jefa, apodada «Heroína». Huyó, y cuando le encontré, le dije que debíamos compartir los beneficios, que pensaba sacar de la carta. Se hizo el remolón, y justificó su escapada, alegando que estaba siendo perseguido por asesinos a sueldo de la «Heroína», uno de los cuáles dejé yo tieso en Miami. Me prometió ayer ser buen chico, y que había enviado la carta a su «chica». Quedé en verle hoy, pero me anticipé. Lo encontré degollado en un hotelucho parisino, y ahora un tal Lefebre está ansioso por recuperar la carta que supone en mi poder. Ésta es la historia.

—Yo no he recibido ninguna carta.

—Escuche… y va el resto. Si es cierto que quiere usted vengarle, el mejor modo es leerme la carta. Sabiendo quién es la personalidad que se ocultaba bajo el apodo «La Heroína»… Un momento, un momento. Puede que esté usted diciéndome la verdad. No iba él a mandarle la carta, así como así. ¿Le escribía con frecuencia?

—Alguna postal breve. La última desde La Habana, por avión. La recibí ayer.

—¿Qué hay de un estuche?

Ella permaneció unos instantes indecisa. Dijo por fin:

—Esta mañana, el cartero ha entregado un impreso. «Etiqueta verde», a recoger en la Administración. Paga derechos de aduana.

—¡Eso es! Fué listo. Se «deslastró». Es decir, se quitó de encima la dinamita. Así, si le cogían, diría que la carta estaba en poder de alguien de confianza. Por lo visto, ni «La Heroína» ni su secretario Lefebre la conocen a usted… La cosa va bien, nena. Mañana, ¿a qué hora abren los de la verde etiqueta?

—Es de ocho y media a diez y media, puerta «H», y caduca a los tres días el derecho de retirar. Después, pasado el plazo, reexpiden al remitente.

—¿Se indica nombre del remitente, en el impreso?

—No.

—¿Recibe con frecuencia envíos?

—No. Pero una vez, me dijo… que si recibía algún paquete en que figurase como remitente el apellido «Seaside», lo guardase en sitio seguro, sin abrirlo hasta que él viniera.

—¡Caray! No me parecía tan iluso. ¿Cómo pudo suponer que usted, mujer, y por tanto curiosa por naturaleza, iba a guardar sin abrirlo un paquete?

—Tenía entera confianza en mí. Sabía que yo le obedecería en todo.

—Eso es más que amor. Es conmovedora fe.

Ella susurró:

—Es… era… lo natural entre padre e hija.



Vamos, vamos, no llore. Las lágrimas estropean sus ojos.

Capítulo IX

Tony Orlando hizo lo mismo que el boxeador que, esperando un gancho en el estómago, recibe un directo en plena boca.

Sacudió la cabeza unos instantes, cerrados los ojos.

Ella manifestó:

—Sé que nunca debió decir que tenía una hija, y por esto usted se ha confundido. Mi historia puedo contársela, si le interesa. Usted quiere una carta. Yo se la daré, a cambio de que me ayude a… Lamento ser folletinesca, créalo.

—Tiene derecho, nena. Cuente conmigo. Teniendo un negocio como éste, ¿por qué se metió Errol Norton en un volcán?

Una triste sonrisa, más patética que un sollozo, tembló en los labios de Suzy Norton.

—Por dignidad mal entendida. Mi padre fué la «oveja negra» de la familia Norton. Emigró, dejándome al cuidado de familiares. Yo vine a Tánger hace cuatro años, heredando esta casa. El testamento especificaba que mi padre quedaba excluido de toda participación. Esta casa era un restorán, y como yo tenía buena voz, lo convertí en lo que es. Propuse a mi padre, que viniera conmigo. Se negó, diciéndome que a su modo tenía dignidad. Que esto era muy mío, y que no quería un penique. Que él algún día ganaría una fortuna, y me daría un palacio al borde del mar, allá en nuestra región natal. Insistió en que no empleara el Norton, sino el segundo apellido. En Tánger me conocen por Suzy Forrester. Y si mi padre no hubiera conocido a hombres como usted…

—No se extravíe, nena. Errol Norton llevaba el impulso aventurero en la sangre, y no le hacían falta malas compañías. Reconozco que es muy posible que a su entender, Norton prefiriera buscar fortuna sin escrúpulos, a vegetar aquí. Pero vayamos a lo

positivo. Usted quiere hacerle pagar al que sea la muerte de Norton, y yo comparto con usted los beneficios que nos reportará la carta bien administrada por mí. A solas, usted nada lograría.

Tony Orlando estaba muy dispuesto a vivir constantemente sobre alerta, pero había un factor que no pudo adivinar.

Y era que la presencia de Suzy Norton Forrester, le causara un deleite desconocido, porque era el presentimiento de que se encontraba ante la mujer que iba a modificar por completo su existencia.

Aquella obscura sensación adormecía inefablemente sus fibras, normalmente muy despiertas.

Reinaba un silencio tenso, precursor de algo definitivo. Tony Orlando vió cierto estupor y alarma en el hermoso rostro femenino, mientras él, levantándose, se aproximaba…

Después tuvo la desagradable convicción de que todos los techos de las casas de Tánger se desplomaban sobre su nuca.

Sus manos, buscando dónde aferrarse, creyeron encontrar el sedoso contacto del cuello de Suzy Norton, y apretó.

En la nebulosidad de su cerebro y entre los zumbidos de sus sienes, se expendía un fuego de artificio, que en ramilletes multicolores escribía un apodo:

«Heroína».

Bonita, ojos azules muy expresivos, cabello cobrizo…

Sus manos apretaban el brazal del sofá, del que se había ella levantado apresuradamente.

Intentó enderezarse, pero el golpe aplicado en su nuca había sido, además de alevoso, experto.

Permaneció de bruces, arrodillado, tardando en desvanecerse del todo, porque le daba un resto de resistencia, el furor de saber que había caído en una trampa.

El intervalo en que no pensó en nada, fué empleado esforzadamente por el robusto *maître* Jack Roberts, para sentarle en un sillón, atándole tobillos, rodillas y codos a los travesaños.

La pistola que le extrajo de la funda axilar, quedó sobre una mesita, tras la que se sentó Suzy, esperando.

Retiróse Jack Roberts, después de haber sostenido una larga conversación con la dueña del «Chez Suzy».

Tony Orlando fué emergiendo del caos abismal. En aquel

saloncito aburguesado, un espejo con marco dorado, fué lo primero que vió frente a sí.

Pudo contemplarse.

El atinado golpe que el *maître* Jack Roberts, silencioso andarín, le había propinado en el pescuezo, valiéndose de un «relleno» (la pequeña matraca parecida a una salchicha, donde el cuero envolvía arena y algodón compacto) había surtido dos efectos.

El primero, ya estaba pasando, dejándole un sabor de boca muy desagradable, al congestionarse la sangre. Sabor de hierro y sal.

El segundo efecto era muy visible. Los ojos habían perdido su aterciopelada caricia. Enrojecidos, tumefactos, mostraban una hinchazón poco estética, al agolparse en ellos la sangre, en hematoma interna.

—¿Se encuentra ya mejor?

La pregunta femenina, con aquella voz dulce, hecha para susurrar palabras tiernas y cantar la alegría de vivir, produjo en Tony Orlando peor efecto que un segundo matracazo.

Prefirió, por unos instantes, cerrar los ojos y pensar que había en el mundo santísimas mujeres, que no tenían culpa de que existiera una «Heroína».

—No es burla, Orlando. He reprochado mucho a Jack su iniciativa. Me ha dicho que no estaba tranquilo desde que le vió a usted, y que se tomó la libertad de estar escuchando. Es de mi entera confianza… Puede casi decirse que lo heredé con esta casa. Para mí, es como mi hermano. Yo no le ordené que le golpease, pero me ha dicho algunas cosas muy razonables.

Tony Orlando había ya recitado íntimamente una letanía de agresivos calificativos englobando a cuantas mujeres se adornaban con largas melenas cobrizas, y poseyeran expresivos ojazos azules.

No pudo evitarse el morder el aíre al pretender ser irónico:

—Prefiero no mirarte, porque te vería color sangre. Vine como un cordero, y así me veo. Puedes enorgullecerse de la faena, porque si piqué, se deba a que fui tan estúpido como para creerte realmente sincera. La culpa no es tuya. Es mía.

—Celebro sea ecuánime. Hay algo que no se ha detenido usted a considerar, Orlando. Mi padre siempre me advirtió que era imposible hacer tratos leales con individuos como… Charley Renzio. Usted me ha revelado que en el envío que mañana a

primera hora recogeré, existe una prueba contra la persona que hizo matar a mi padre. Y Jack me ha advertido que era necio creer en usted, porque tan pronto usted poseyera la carta, se iría.

—Este Jack es un pimpollo muy listo. No llegará a viejo…

—Jack quiso protegerme.

—¡Por todos los infiernos! ¿Protegerla? Tan pronto tengas la carta, te va a dar caza una serie de asesinos a sueldo de la «Heroína»… tú no eres la «Heroína», no, no lo eres…

—No lo soy. Lo único que quiero, es no perder la ocasión de vengar a mi padre. Usted cogería la carta y la explotaría, en chantaje.

—¿Por qué estoy amarrado? No muerdo.

—Tan pronto tenga yo la carta, usted quedará libre. Le advierto que para evitar que usted pretenda hacerle daño a Jack, le señalaré como peligroso a un comisario francés, amigo, mío, y hasta que no salga usted de Tánger…

—Escucha. Suzanne, cuanto más tiempo pase así, más rencorcillo le tendré a Jack. Puedo ser generoso, y admitir que el mocito se sintió protector…

—Me recuerda usted la fábula del hermoso lobo, haciéndose el cordero. Se quedará usted aquí, señor Orlando. Y mañana, cuando ya tenga la carta, mi amigo el comisario cuidará de que usted abandone Tánger.

—Un momento. Mírame bien, nena. Estoy amarrado en forma. ¿Quieres tener la bondad de rogarle a Jack se sirva venir a visitarme? Lo que he de decirle, redundará en beneficio de nosotros tres.

Ella se dirigió en silencio hacia la puerta, y Tony Orlando volvió a cerrar los ojos. Le causaba como una quemazón en la sangre, comprobar que pese a todo, le seguía gustando horrores aquella fémina que le contemplaba como a un bicho dañino.

Esperó unos minutos, que le parecieron convenientes para ir coordinando los razonamientos que iba a exponer.

La puerta se abrió y entró Jack Roberts, correcto, británico, pero en su inexpresivo rostro había unas pupilas muy elocuentes.

Otro que le miraba como a un bicho dañino…

—¿Puedes concederme unos minutos extra, Jackie? Gracias. Estimo muy provechoso estar convertido en un budín, porque a lo

mejor no sabría apreciar en todo lo que vale tu delicada intervención. Según he deducido cuando he estado en condiciones de saber deducir, tú has pensado que actuando así, salvabas de todo peligro a Suzy.

Jack Roberts encendió un cigarrillo. Quería con ello significar que, considerándose fuera de servicio, aprovechaba la ocasión.

—Lo que has hecho ha sido meter el remo hasta el corvejón, mi querido Jackie. Tengo plena fe en Suzanne, y por lo tanto sobre tu cabeza de chorlito recae toda la responsabilidad del mamporro con el que has creído solucionarlo todo.

—No iba a consentir que tú engañases a la señorita Suzanne. He comprendido que eres el único que queda de la banda de Tampa, porque yo leo todos los periódicos que caen en mis manos, y me interesaban en particular los yanquis, desde que supe que el padre de la señorita Suzanne recorría Florida.

—Leer instruye. Veremos si es verdad. Tú supones pues que entregándome al comisario francés…

—La señorita no quiere entregarte, y ella manda.

—Escucha, si el comisario francés me detiene, no podrá demostrarme nada. Estoy en regla. Pero te tendría un poquito de «fila», ¿me lo sabrás perdonar, querido Jackie?

—Sé defenderme.

—De momento, por la espalda atizas que es un primor. Bien, no vamos ahora a discutir nuestros respectivos méritos.

—Aquí no estamos en América.

—Peor si te pones bravo, Jackie. Haz un cálculo sencillo. Desde Tampa, pasando por Miami, La Habana, y París, he venido a aterrizar en este coquetón y perfumado saloncito, tras una carta que poseía Errol Norton, y por la que ha sido degollado. Vale mucho esta carta. ¿Crees que tú sabrás evitar que degüellen a Suzy?

—Sí —dijo, tajante, el inglés.

—No sé si eres un majadero bravucón, un enamorado secreto, o un tipo medio decente. Trata de asimilar, cabeza dura… Hay un tipo llamado Gastón Lefebre que está movilizando toda la gama de granujas existentes en Tánger, metidos en su negocio de drogas, que no despacha precisamente colas ni pinturas, para encontrarme. Habrán hecho sus pesquisas buscando alguna relación posible de Norton aquí… Que me pelen a mí, entra en el juego. Pero ¿qué tal

te servirá como último pensamiento en tu viaje al infierno, el saber que tienes la culpa de que a Suzanne la hagan pedacitos preciosos, por haberte sentido tú excesivamente listo?

—La señorita está en la sala, cantando. Yo puedo decirte una cosa. Errol Norton era un canalla, y sin embargo te calificó de hiena.

—¿A mí? ¿A Tony Orlando?

—A Charley Renzio. Llevabais dos nombres en la banda.

—Yo no soy Charley Renzio.

—¿Me supones idiota?

—Por completo. Idiota de remate, si sigues así. Te digo que yo no soy Charley Renzio.

—Ya… Eres un detective usurpando la personalidad del pistolero que disparaba clásicamente su señal: dos balazos. Uno al estómago y otro a la frente, como en el hipódromo de Hialeah.

—La puntería… ¡Al diablo, Jackie querido! No tengo más explicaciones que darte.

—Ni las pedí.

—Puede que el comisario me invite a largarme, pero si las agencias de viajes no mienten, hay viajes de ida y vuelta.

—Si yo mandase aquí, estarías ya en manos de la policía internacional.

Un acceso de repentino furor renovado hizo repercutir en las órbitas visuales de Tony Orlando las vibraciones en latidos de los hematomas que ahora iban transformando su tono rojo en azulado…

—Lárgate, Jackie, y que no tengamos que arrepentimos de habernos conocido. Amén. ¡Largo de aquí, majadero!

A solas, Orlando se concentró en el afán de sacar el máximo partido de sus diez dedos.

Pero Jack Roberts podía tener nombres vulgares, y no serlo. Había verificado unos nudos y uniones que le valdrían el aprobado en el examen de cabos y amarras de la carrera náutica.

Y volvió la voz dulzona, acariciante:

—No lo tome a escarnio si Jack le cura un poco estos ojos, y le aplica compresas en la nuca.

Tony Orlando rió silenciosamente. Estaba dispuesto a almacenar toda la fuerza posible en sus mandíbulas, tomando por bocado poco

apetitoso, pero que se le antojaba principesco, la primera mano del inglés que viera más cerca de su cara.

Percibió un leve pinchazo agudo, a la vez que un olor acre, punzante que invadía su olfato: éter. Un prolongado silbido que iba disminuyendo, le anunció que acababan de narcotizarle…

Capítulo X

Aquella cama era digna de un sueño oriental. Sus barrotes eran de madera, y las sábanas no eran de raso de Holanda, pero olían a espliego, y los barrotes no daban sensación de reja carcelaria.

Algún día estudiaría por qué razón, a veces, el cerebro tardaba tanto en ponerse a carburar normalmente, cuando uno se despertaba después de un largo y reconfortador sueño.

Debía ser por las pesadillas. Soñar que uno estaba ya cerca del millón que representaba una carta, y que de pronto uno tropezaba, como una vieja, en una cáscara de plátano…

Por suerte, era una pesadilla que no había durado mucho. Después, había venido aquel sueño divino. La gracia de los arcángeles quintaesenciados en aquella magnífica criatura terrestre.

Siempre le habían gustado las mujeres metiditas en carne. Las prefería redondeadas, suaves, sin aristas angulosas. Había comprobado que los sacrificios para guardar la línea, agriaban el carácter femenino. En cambio, las saludables y lozanas, eran una delicia en todos los sentidos.

Se estaba bien así. Un magnífico colchón bajo los riñones, una almohada que era pura pluma de ganso…

Ganso. Un animal grotesco, que no sabía definir porque acababa de suscitarle un mal recuerdo.

No era un sueño ni un cuadro aquella espléndida visión que había mecido su modorra en las etapas sabrosas. Porque un sueño hecho mujer no se movía con tanta precisión, como para sentir tras su nuca un antebrazo, y ver delante de su cara un vaso que transparentaba un líquido tornasolado.

Estaba dispuesto a beber de las manos de aquel portento femenino, puro ácido sulfúrico.

Un calorcillo simpático le invadió. Había voces verdaderamente aptas para convertir en franca mejoría una peritonitis aguda.

—Creo que ya estará usted en condiciones, Tony. Son las tres de la tarde, y el primer avión parte a las cinco. No se esfuerce en hablar todavía. Escúcheme sin, enojarse. Ayer noche decidí librarme de la preocupación que suponía mantenerle atado, y mientras Jack le curaba, le di a oler un poco de éter y le administré una dosis de Luminal en inyectable. Estaba usted gracioso mientras, inconscientemente, iba absorbiendo papillas nutritivas.

«¿Gracioso, eh? —rezongó una voz interna, cavernosa, que volvió a importunar el regreso a la realidad de Tony Orlando—. Me parece que esta nena se va a llevar un tortazo de peso».

—Esta mañana, a las ocho y media en punto, pasé por Correos, y recogí sin la menor dificultad el paquete enviado desde Miami. Un bonito estuche de manicura. Había dos papeles muy finos, enrollados dentro del cordón de adorno de la tapa. Uno era escrito por mi padre. El otro era copia exacta de un documento cuyo original él escondió en un sitio de Miami. Le dejo ambos escritos, y volveré dentro de media hora, con dos pasajes para avión directo a Miami. Podrá vestirse. Fue Jack quien se ocupó de todo…

Tony Orlando ignoraba que estaba sonriendo extasiado. Ignoraba también que las muy atenuadas moraduras en los párpados le daban un aspecto de tenebroso nocherniego.

Estaba ahíto de dormir. Volvía su cerebro a carburar.

Miró en la mesita de noche, sobre el mármol, dos hojas alisadas, de papel muy tenue, que parecían recubiertos de moscas.

Una letra apretadísima, pequeña y concienzudamente elaborada.

Siempre le había parecido que Errol Norton, era de «otra clase». Pudo ser un pistolero, pero no por circunstancias, sino por espíritu descarriado. Un individuo de estudios metido a «gángster».

Lo demostraba aquel modo de escribir…

> «Tengo un presagio agorero como constante compañero, Suzy. Desde que en un garaje recogí del cuerpo sin vida de Overlock, una carta que sabía que valía mucho dinero, los acontecimientos se han precipitado. Es un error creer que es posible quitarse el

> necesario lastre con el que nacemos. Tú misma me tendrás un horror justificado, cuando sepas que he traficado con vidas ajenas…».

—Literatura —atajó Orlando, secamente, como si hablara con Norton.

Cuando releyó por dos veces las dos hojas sutilísimas en peso, pero de mucha gravidez en contenido, pasó al adjunto cuarto de baño, muy femenino.

Una ducha que le supo a gloria, le quitó el resto de desmadejamiento producido por el toque en la nuca, el éter y el Luminal.

Se vistió calmosamente.

Se daba toquecitos en la solapa izquierda, bajo la que notaba algo muy esencial que faltaba, cuando abrieron desde fuera la puerta de la alcoba.

Respiró aliviado. No era Jack Roberts. Se evitaba así el saber cuál hubiera sido su reacción.

Era «Ella», la única, la predestinada. Tuvo un pueril arrebato.

—¡Oye!

Suzanne Norton, sobresaltada, inició un retroceso prudente.

—¡Oye! ¡No me digas que tienes novio!

—Tiene usted momentos simpáticos, Tony. ¿Ha leído ya…?

—Escucha, nena…

—Le agradecería no fuera tan íntimo en sus manifestaciones.

—Soy así, y los hay peores. Escucha, Suzy: lo que me pasa es grave. Todo lo echo en olvido. Me importa un pepino… Bien, me importa menos la carta. Eres tú la que… debes permitir que… Debes darme una oportunidad. Oye, mira… Yo nunca creí en el flechazo.

—El avión parte a las cinco. Usted comprenderá que si hago el viaje con usted, es porque quiero personalmente presenciar cómo es debidamente castigada…

—Por ti renuncio a todo. Yo le di caza a esta carta…

—¿Dónde están los papeles que le dejé para leer?

—Reducidos a ceniza. La original es la que interesa. Lo demás, ya nos lo sabemos. Escucha, nena…

—Jack se ha informado de que le andan buscando a usted por

todos los sitios. Han venido aquí con inocentes preguntas, dos sujetos que decían buscar a un amigo norteamericano. Jack supo convencerles de que si le veía a usted en algún lugar, llamaría a un teléfono. Le han prometido cinco dólares.

—Barato.

—Ir hasta el aeródromo por vía normal, puede serle perjudicial, Tony. Dice Jack que deben estar vigiladas todas las salidas.

—Jackie es un pimpollo listo.

—No le tenga rencor.

—Si no le veo más, él no se molestará. Para ir al aeródromo basta un coche con buen motor. Dentro del avión, me esperas.

—Iremos juntos, porque el coche lo conduzco yo. Tengo plena confianza en que con usted estoy segura. En sus divagaciones decía usted que la primera mujer qué la había hecho creer en los ángeles, era yo. Ésta es la explicación de que pudiera Jack sorprenderle.

Tony Orlando escuchaba embelesado, perdido por completo el sentido práctico. Ella, por femenina intuición, supo que dominaba a un hombre indominable, y se sintió muy halagada.

Pero no lo manifestó.

Dijo por el contrario:

—Espero que sabrá usted comprender el único motivo por el que quiero estar cuanto antes en Miami.

—De acuerdo. Comprendo. ¿Adónde vas ahora?

—Tengo que dejar instrucciones a Jack, y terminar mi equipaje. Será mejor no salga hasta que llegue el momento de emprender el camino hacia el aeródromo.

—Oye, nena… ¿y mi cacharro, qué?

—Si lo necesita, se lo entregaré.

—Oye, nena…

Ella hizo caso omiso del gesto suplicante con el que Tony Orlando se tecleaba el hombro izquierdo.

Salió, cerrando por fuera. Tony Orlando permaneció unos instantes pensativo.

Por fin murmuró:

—Estás perdido, pimpollo. Encontraste tu Dalila.

CAPÍTULO XI

—Nunca ningún pasajero ha sido esperado con tanta impaciencia —masculló, entre dientes, Lewis Preston.

Su compañero, el agente Cadwell, examinando el cielo donde el amanecer empezaba a fundir en azul las negruras, ahuyentando las últimas estrellas, tamborileó sobre los cristales del bar del aeródromo de Miami.

—En realidad, nos tomó la cabellera este fulano —añadió Preston, al cabo de unos minutos.

Cadwell se encogió de hombros, evasivamente.

—Di algo de una vez —conminó Preston.

—¿De quién y de qué?

Por suerte el avión procedente de París-Madrid-Tánger fué anunciado por los altavoces.

Un coche oficial con la insignia del departamento federal, hizo uso del privilegio especial, yendo a detenerse junto a la escalerilla.

Los pasajeros iban descendiendo, y pese a su mundana característica, miraron con curiosidad a la pareja, que apenas pisó tierra, era escoltada por dos individuos, hacia el coche.

Junto al volante se sentó Cadwell. Atrás, Preston, de lado en el plegable, apartó la vista de Suzanne Norton.

Miró con profunda antipatía a Tony Orlando.

—Buenos días, señor Orlando. Hasta el sitio de destino, el trayecto es largo. Poseo ya algunas anticipaciones, pero me agradaría sobremanera oírle contestar a un interrogatorio extraoficial.

—Soy todo suyo, jefe —sonrió, amablemente, Orlando.

Pero miraba a su compañera de viaje.

—¿Conoce usted una ley llamada de Aportación Cívica?

—La que obliga a todo ciudadano a declarar cuanto sepa acerca de asuntos criminosos, en los que esté interesado el servicio federal.

—¿Por qué no la acató?

—El único medio de averiguar dónde estaba la carta… Oiga, jefe, ¿empiezo por el principio?

—Se lo agradecería —asintió Preston, con helada cortesía.

—En la lucha por la vida, desde niño, he sido varias cosas en diversos lugares, hasta que me afiancé en viajante de comercio. No me iba muy mal. Conocí en Nueva York a un paisano de cuna. Charley Renzio. Para mí no fué un mal chico.

Suzanne Norton escuchaba, extremadamente complacida.

—No tanto Preston.

—Con frecuencia hacía yo el recorrido de Florida, y tenía, a unas veinte millas de Tampa, un caserón almacén, alquilado. Hace menos de un mes vi por Miami a Charley Renzio. Me dijo que las cosas le iban bien, y que pronto podría retirarse. Yo le invité a acudir, si tenía ocasión, a tomarse unas copas en mi almacén solitario. Y así quedó la cosa. Me olvidé de Renzio, cuando una mañana, en el túnel de prácticas que tengo en el almacén… A propósito, mi vicio predilecto es tirar a pistola contra blancos movibles. Será la sangre italiana, pero me encanta disparar y jugar a pistoleros.

—Lo hace a las mil maravillas.

—Gracias. Estaba pues yo ejercitándome con la debida licencia, cuando llegó Renzio. Bien, es un modo de hablar, porque acudí al oír ruidos raros. Era Renzio, arrastrándose desde un coche. Se desangraba. Intenté recomponerlo, pero estaba perdido. Completamente desahuciado. Y él se daba cuenta. Me explicó algo fantástico.

—Procure no imitarle.

—Soy la verdad personificada y demostrable. Me dijo que pertenecía a una banda, cuyo lugarteniente era un tal Overlock. Que él y otro llamado Errol Norton que estaba oculto allí cerca, sabían que Overlock llevaba encima instrucciones escritas por el verdadero jefe. Que Norton, al fugarse del asedio de los federales, había huido con la carta. Me habló de muchas cosas referentes a la banda y sus andanzas. Que sólo entre sí se conocían, y adoptaban diversos nombres… Murió y lo enterré cristianamente, en espera de

que llegase el momento oportuno.

—¿No era entonces, señor Orlando?

—No, porque mi única posibilidad de encontrar la carta, era que la capitana me creyera Renzio. Encontré a Norton. Me recibió mal… Dos disparos, pero se asombró al quedarse sin pistola y con un escociente refilón en la mano. Le dije lo sucedido. Iríamos a medias…

—Ah…

—No sea suspicaz, jefe. Era el único modo de hablar a un hombre como Norton, que quería sacar partido de lo que sabía. El caso es que lo intimidé, y me dijo que no llevaba la carta encima. Que estaba de acuerdo en compartir conmigo. Y los dos, juntos, nos fuimos a Miami. Nos debió ver juntos «ella». Perdí la pista de Norton.

—Un momento. ¿Qué hay del hipódromo de Hialeah?

—Me citó por escrito «ella», y fui. Lo admito. Me sabe mal reconocer que para que no me estorbara en mi labor a favor de la sociedad el servicio federal, me busqué una coartada, narcotizando a Peggy Gaines, y me sea perdonado dado el fin que…

—Usted pues mató…

—Me defendí de una agresión, como cualquier ciudadano. Fui a París, volví a verme con Norton, me dió una evasiva, y al encontrarme con un tal Gastón Lefebre y una llamada Evelyn Lemaire, vi que la cosa estaba ardiendo. Encontré a Norton degollado. Renzio me había hablado de Suzanne, sin saber quién era, creyéndola novia de Norton. Por fin, entré en contacto con Suzy, a la que desde un principio le expliqué todo, ya que ella me dijo era hija de Norton. Y entonces ella radió su aviso para usted, teniente.

Orlando se quitó un zapato, cuyo tacón de goma hizo girar. Tendió a Preston lo que parecía un sobrecito de aspirinas.

—Un contenido sin desperdicio. Si yo hubiera sido un sujeto sin escrúpulos, esto me valdría una millonada. Pero cumplir con la Aportación Cívica, recompensa suficientemente. Una nación como ésta es grande, gracias a ciudadanos como yo.

Tony Orlando miró con arrobo a Suzanne Norton.

Lewis Preston leyó con avidez, para después entregar los dos papeles a Cadwell.

—De todos modos, su método jugando al pistolero, pudo hacer fracasar todo intento de encontrar a Evelyn Lemaire.

—Pero ya es toda suya, jefe. ¿Quién había de decir que una chica de tan buena sociedad, se había aliado con Gastón Lefebre, aportando el capital inicial de compra de tóxicos, y tendiendo él la red de distribución? Hay que ver las sorpresas que la vida reserva, señor Preston.

—Muchas. Fíjese en una. Llegué al convencimiento de que usted trabajaba por su cuenta, señor Orlando. Es decir, que cuando me convencí que usted no era el pistolero italiano que buscábamos, aunque llevase su documentación, pensé que usted pensaba explotar a su provecho lo que averiguase o había averiguado.

—Nadie está libre de un mal pensamiento. Realmente, no quiero elogiarme, pero la tentación en otro hubiera sido tal vez excesiva. Supe vencerla —dijo, virtuosamente, Tony Orlando.

—Lo cierto es que se arriesgó usted mucho. De momento, estará usted esperando en Florida, la decisión superior. Se ha tomado usted unas libertades algo anárquicas, señor Orlando.

—Con un fin noble, cívico… Si yo acudo a ustedes, se esfuma Norton, y nunca hubiéramos dado con la identidad de la jefa, ni con el resto de la organización, de la que sólo eran elementos activos en Florida, los del garaje.

—Comprobaremos ahora si está en el escondite aquí citado, el original de estas instrucciones dictadas por Evelyn Lemaire a su lugarteniente activo. Ella y Lefebre le hubieran podido matar en París.

—No sabían dónde tenía yo escondida la carta. Norton, para desviar la jauría, me la lanzó a los tacones, pero ellos necesitaban primero recuperar la carta.

—¿Qué pretendió Norton enviándole a usted el estuche, señorita?

—Que no quedara impune ella, si fracasaba Tony.

Media hora después, Lewis Preston podía cursar la convenida confirmación de las órdenes de detención que abarcaban desde Evelyn Lemaire en París, Gastón Lefebre y dieciocho traficantes en Tánger, hasta la de varios «revendedores» de Florida y «transportistas» de la ruta Nordeste.

En el hotel de Tampa, donde se alojaron Suzanne Norton y Tony

Orlando, los consideraron una pareja en luna de miel.

La docilidad con la que Orlando había sacrificado un chantaje de muchos miles, era según él, la prueba de su repentino e inmenso amor.

Y ella también se dio cuenta que era amor, puesto que durante el viaje, había aceptado ser la «redención» de Tony Orlando, que inició la búsqueda de una carta, pensando solo hacer fortuna sin escrúpulos, y terminaba jurando honradez eterna.

El F. B. I. agradeció la colaboración valiente de Tony Orlando, demostrando que la «virtud tenía su recompensa», puesto que existía una recompensa prosaicamente monetaria y crecida, para el ciudadano que aportara informes conducentes a la captura de la «Heroína».

En Tánger, el «Chez Suzy» se reinaguró con otra cantante, y Jack Roberts se resignó a seguir queriendo sin esperanzas a Suzanne, confortado con una participación en propietario del «Chez Suzy».

Tony Orlando prefirió abandonar Florida, trocándola por California. Nada debía recordarle su fugaz actuación de «amable pistolero».

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

[image]

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 337 - Laura Tur.
- MI QUERIDO HÉROE

Núm. 338 - Agatha Mar.
- ALMAS EN PELIGRO

Núm. 339 - May Carré.
- FEUCHA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 233 - M.ª Teresa Sesé.
- LAS TERQUEDADES DE TRINI

Núm. 234 - Matilde Redón.
- ESCANDALO EN EL «SIROCO»

Núm. 235 - Trini de Figueroa.
- PARAISO EN TRES ETAPAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 177 - Maricó Salcedo.
- NO QUIERO UN REINO

Núm. 178 - Corín Tellado.
- PRISIONERO EN SUS REDES

Núm. 179 - María Lar.
- SI NO ANOCHECIERA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 63 - M.ª Adela Durango.
- LA MUCHACHA DE MONTECARLO

Núm. 64 - Bárbara Sanromán.
- RELATO SENTIMENTAL

Núm. 65 - César Monterrey.
- LA LLAMA DE LA DISCORDIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 278 - M. L. Estefanía.
- MATANZA EN LAS VEGAS

Núm. 279 - Raf Segrram.
- EL AVENTURERO LOCO

Núm. 280 - John F. Abbat.
- EL SECRETO DEL "GOLD MILL"

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 21 - Arnold Briggs.
- LÁPIDA DE MARMOL ROSA

Núm. 22 - Vic Peterson.
- EL AMABLE PISTOLERO

Núm. 23 - Brent Channing.
- DARDOS SINIESTROS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 142 - Tony Wanton.
- LA HORA FATAL

Núm. 143 - A. Rolcest.
- EL SECTOR CONDENADO

Núm. 144 - Andrew Castle.
- DEMASIADO TARDE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 16 - M.ª Esperanza Neyra.
- SECRETARIA PARTICULAR

Núm. 17 - Georgia Rann.
- ¡MÍA SERAS!

Núm. 18 - María Martí.
- MI TRIUNFO ERES TÚ

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos.   ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**